



¿QUIÉN SOY?

Alina Covalschi

¿QUIÉN SOY?



ALINA COVALSCHI

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Titulo: *¿QUIÉN SOY?*

Autora: *Alina Covalschi*

Primera edición: Enero 2018

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Sobre el autor

INTRODUCCIÓN

GABRIEL

—Su mujer sufre de una amnesia postraumática —informó el médico—. Fue causada por la lesión que tiene en la cabeza. El accidente actuó como un latigazo y la dejó en blanco. Es un caso muy raro. Normalmente las personas amnésicas recuerdan algo antes de haber sufrido un accidente, pero su mujer no recuerda nada.

—¿Qué se puede hacer? —pregunté con voz cerrada y temblorosa.

—Esperar... y puede que con el tiempo recuerde algo —dijo con tranquilidad—. Mañana le daré el alta y usted se la puede llevar a casa. Estaremos muy pendientes de su caso.

—Gracias, doctor. —Estreché su mano y salí al pasillo.

Mis padres estaban preocupados y necesitaban saber la verdad. Entré en la sala de espera y mi madre alzó la mirada.

—¿Cómo está Ángela? —Dejó su bolso en el asiento y se acercó para abrazarme— ¿Qué ha dicho el médico?

—Mañana le darán el alta pero dice que es poco viable que ella recuerde algo de su vida —suspiré—. Todo esto es por mi culpa... si no hubiese tenido que irme a esa reunión, ella no... ella no estaría así.

—No te culpes, hijo. Lo importante es que ella está bien —intentó tranquilizarme sin éxito.

—Sí, pero ella no recordará quién soy y tampoco quién es ella. Temo que todo lo que tenemos, que todo lo que hemos vivido no sirva para nada. Nuestro matrimonio...

—Vuestro amor es único y si ella no recuerda nada, la enamorarás

de nuevo —continuó con firmeza—. Lleváis tres años casados y felices.

Algo se desvaneció dentro de mí. Era la tensión que llevaba días viviendo en mi interior a la que me había acostumbrado.

Conocí a Ángela hace cinco años en la fiesta que habían organizado mis empleados en Halloween, y para mí fue amor a primera vista. Me casé con ella porque la amaba y porque me aceptó tal y como era. Su energía fue suficiente para ponerme en una nube y vibraba de una magia admirable que me hacía feliz.

Ella me amaba y yo la adoraba. No fue fácil mantener nuestro amor vivo y pasional, pero mi determinación y la suya fueron los cómplices perfectos.

—Hijo, nosotros nos vamos. —La voz tierna de mi madre me trajo de vuelta a la realidad—. Intenta descansar.

—Gracias, mamá. Dile adiós a papá de mi parte.

Volví a la habitación cabizbajo y resignado con el estado de mi mujer.

La encontré durmiendo profundamente y no quería despertarla. Me senté al lado de la cama y le hablé en voz baja.

—Lo siento mucho, Ángela. Tenía que haber ido contigo en el coche —dije en silencio, formando las palabras con dificultad—. ¿Recuerdas el día cuándo nos conocimos? Llevabas un vestido azul y tenías el pelo corto. Necesité solo un segundo para darme cuenta que eras la elegida —apreté su mano con desesperación—. Me dijiste que no te gustaban los chicos rubios pero aun así aceptaste salir conmigo.

Sonreí al recordar ese día y la miré con cariño. La culpa me mataba y deseaba con desesperación tomar su lugar. Mi cabeza giraba como una persona demente y buscaba sin éxito una solución. Estaba tan perdido y desorientado sin ella...

—Espero que un día me puedas perdonar, Ángela. No te abandonaré nunca. —Las palabras tuvieron un sabor desagradable en mi lengua—. Intentaré conquistarte otra vez, intentaré enamorarte de nuevo. No puedo vivir sin ti, mi ángel.

CAPÍTULO 1

ÁNGELA

Abrí los ojos y parpadeé lentamente para acostumbrarme con la luz potente que había en la habitación. Estiré las manos y al hacerlo sentí un cuerpo candente a mi lado. Con una calma que no sentía, giré en la cama y lo miré.

¿Qué hacía al lado de un desconocido?

Miré mis manos cubiertas por vendas y fruncí el entrecejo. No recordaba nada y no podía pensar en nada.

¿Quién era ese hombre?

Lo miré con intensidad durante un breve instante antes de pasar la lengua por mis labios secos. Casi sin respiración y con el pulso acelerado, intenté tranquilizarme y encontrar una respuesta razonable.

—Buenos días, cariño —dijo y abrió los ojos, eran cálidos y muy hermosos.

—¿Quién eres? —pregunté bajito.

—Soy tu marido, Ángel —contestó en un susurro.

El impacto de sus palabras reverberó por todo mi cuerpo.

—¿Mi marido? —pregunté extrañada—. ¿Estoy casada? ¿Desde cuándo?

—Ángela, tranquilízate, por favor —susurró suave y me fijé en sus labios carnosos.

Eran sensuales, de pronto un deseo intenso de sentir las y morderlas me atravesó. Me sorprendí al darme cuenta que me sentía fascinada por un extraño, solo habían pasado unos cuantos minutos.

—¿Mi nombre es Ángela? —pregunté suave y agaché la cabeza.

—Sí —susurró y se acercó.

Tenía el torso desnudo y su piel bronceada marcaba los músculos firmes de una manera muy sexy. Mi corazón golpeaba mi pecho y mis mejillas empezaron a arder.

—Te has sonrojado. —Una sonrisa grande y llena de ilusión apareció en sus labios—. Esto me recuerda a la primera cita que tuvimos.

Después de unos segundos, mi voz tembló:

—¿Por qué no recuerdo nada? —Sacudí la cabeza confundida—.
¿Quién soy?

Su expresión cambió y esos ojos cálidos me miraron con perturbación.

—Poco a poco mi ángel —dijo atragantándose con sus propias palabras—. Tuviste un accidente de coche. —Acaricia mi mejilla con sus dedos.

Mi mente, reaccionando a su tacto, deseó recordar algo. Cerré los ojos para concentrarme, sin embargo solo veía imágenes borrosas y sin sentido.

Sus dedos no dejaron de acariciar mi piel en ningún momento, sin embargo, esas imágenes seguían iguales.

—¡Ah! Qué dolor. —Me quejé y abrí los ojos—. Tan fuerte...

Mi cabeza estaba a punto de estallar, escuchaba un sonido intenso y sentía que mis oídos habían dejado de funcionar.

—No lo hagas, solo vas a conseguir dolores de cabeza —aseguró—. El médico dijo que poco a poco empezarás a recordar, pero...

—¿Pero qué? —Lo miré desconcertada—. No sé ni cómo te llamas.

—Me llamo Gabriel. —Esperó unos segundos para ver mi reacción ante ese nombre y luego prosiguió—. Puede que nunca recuerdes tu pasado. El médico dijo que es poco probable,... tu caso es insólito.

—¿Nunca? —pregunté con voz trémula.

—Nunca... y si quieres irte,... lo entenderé. —Percibí angustia en su voz.

No sentía nada por él, era un hombre muy atractivo y hacía sentirme como una adolescente a su lado sin embargo: no quería irme.

¿Irme a dónde?

Él era el único que me conocía y formaba parte de mi pasado.

—No me iré, pero no siento nada por ti ahora mismo. No puedo darte lo que tú esperas, y...

—No importa. Solo quiero tenerte a mi lado y saber que estás bien.
—Me mira esperanzado—. Si te enamoraste una vez de mí, estoy seguro que lo harás otra vez.

—Puede que sí. —Me mordí los labios y sus ojos viajaron hasta allí.
Pensé que me iba a besar, pero solo trazó un dedo por encima de mi boca para dejar de morderlos.

—Siempre te muerdes los labios cuando estás nerviosa e insegura.
—Me tomó la cara con una mano—. Me gusta.

Conseguí esbozar la más tímida de las sonrisas.
Me invadieron un millón de emociones: confusión, vergüenza incluso rabia porque, mientras yo estaba intentando recordar algo, él ponía todo patas arriba con sus cariñosas palabras.

—Me intimidas. —Inspiré para relajarme.
—Poco a poco, mi ángel —dijo, y percibí un destello de calidez en sus ojos.

CAPÍTULO 2

ÁNGELA

Rodé en la cama y me acurruqué entre las suaves sábanas de seda. Abrí los ojos y me encontré sola. Vi el hueco en la almohada donde mi supuesto marido había reposado la cabeza y estiré la mano para pasarla por la tela.

Sin memoria me sentía vacía.

No tenía miedo, sin embargo, estaba desorientada. Tenía muchas preguntas que rondaban en mi cabeza y estaba segura de que ese hombre podría facilitarme las respuestas. Confiaba en él en algún extraño nivel, pero no quería hastiarlo con mis inquietudes.

Aparté las sábanas y me bajé de la cama. Miré el reloj, me había despertado temprano, como si mi cuerpo estuviera acostumbrado a un horario de trabajo. Salí de la habitación y bajé las escaleras.

Cuando empujé la puerta de la cocina, vapores calientes cubrieron mi cuerpo, perfumándolo con un olor agradable a comida.

—No deberías haberte levantado de la cama. —se giró mirarme.

—No puedo dormir más —expresé con voz somnolienta.

—¿Tienes hambre?

Dio un paso al frente y extendió la mano para acariciarme el brazo con los dedos. Fue una caricia dulce y sensual. Se me escapó un suspiro y él se quedó inmóvil unos segundos.

—Lo siento, no quiero asustarte —espetó sin apartar los ojos de mí—. No sé qué decir para no incomodarte.

—No me asustas. —Pase la mirada por la cocina.

Era enorme, totalmente equipada y dotada de una isla. En un rincón había un pequeño mueble de color blanco con un jarrón lleno de flores blancas. Un lugar muy hogareño, pensé.

—Todo es nuevo para mí, todo es extraño —expliqué al tiempo que observaba con detenimiento su rostro.

—Lo entiendo, ángel. —Me condujo hasta la mesa—. Vamos a desayunar y luego hablamos.

Gabriel dejó un plato encima de la mesa con huevos fritos y bacón. Luego, destapó una botella de agua y me ofreció un vaso de cristal. Cuando lo agarré, él aprovechó para atrapar mis dedos con su mano. Lo miré y sentí como el mundo se tambaleaba bajo mis pies.

—Gracias —dije, rompiendo el silencio.

Tomé el vaso y me senté en la silla. No sabía si estaba mareada por mi estado o por el efecto que causó en mí su toque.

—Estás tensa —comentó y se sentó en la silla que había a mi lado.

—Lo estoy —confesé, no tenía sentido mentir.

—¿Puedo saber por qué?

Giré la cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron. Leí en los suyos algo más de lo que probablemente había. Vi cariño, afecto y deseo. Ese deseo me asustaba, para mí él era un extraño.

—¿Qué pasará con mi vida? No recuerdo absolutamente nada —murmuré y miré mi plato lleno—. Ni siquiera sé si me gustan los huevos fritos.

—Te gustan, cariño. Todo lo que cocino es lo que solías comer. —Agarró mi mano y la llevó a sus labios—. Yo te cuidaré.



—No te muevas.

Gruñí de dolor y lo miré mal.

—Esto duele —susurré.

Taponó la herida con una crema transparente y rodeó mi mano con un vendaje blanco. Hizo un nudo y luego cortó con las tijeras los hilos que sobraban.

—Gracias —dije, hablando despacio—. Las heridas se ven recientes, ¿cuándo pasó el accidente?

—Hace siete días. —Dejó las tijeras encima de la mesa—. Estuviste en coma...

—¿Hubo más heridos?

—No, tu coche abandonó la carretera en una curva muy cerrada.

—Se limitó a responder. Me miró por una fracción de segundo y luego desvió la vista.

—Estoy cansada, me voy a la cama.

Tenía la boca seca y una sensación de malestar en el cuerpo. Hice un esfuerzo para no mostrarme decepcionada. Él estaba evitando hablar del accidente, como si me ocultara algo.

—Te acompaño. —Su voz volvió a sonar tierna. Me miró de nuevo y con un dedo, levantó mi barbilla—. No quiero hacerte daño, quiero cuidar de ti y protegerte. Hablaremos más adelante de lo que ocurrió. Es mejor centrarnos en nosotros, en crear un vínculo, en conocernos de nuevo.

—Supongo que tienes razón —susurré con cierto nerviosismo en mi voz—. Me conformaré con esto por ahora.

CAPÍTULO 3

ÁNGELA

Silencio. Oscuro, perdido, y absoluto silencio. A través de la fina lámina de cristal sujeta en el marco de la ventana podía ver las estrellas, en el medio de todos los astros se alzaba la luna majestuosa.

Mi insomnio me permitió disfrutar de esa visión con infinita nostalgia porque sabía que muy adentro de mi corazón, estaban ocultos los sentimientos.

Mis pensamientos flotaron a la deriva y cerré los ojos.

—¿No puedes dormir? —preguntó una voz familiar detrás de mí.

Giré la cabeza y me encontré cara a cara con mi marido.

—Estoy confusa y perdida.

—Lo entiendo —expresó, y agarró mi mentón con suavidad—. Me tienes a mí, no estás sola.

—Quiero recordarlo todo, me siento vacía —confesé y le mantuve la mirada.

—No dejaré de luchar para que recuperes tu memoria.

Sus palabras eran firmes y solemnes. Me sentí apenada porque sonaron a disculpa.

—Lo siento —murmuré.

—No tienes la culpa de nada, ángel —dijo sacudiendo la cabeza—. Quien tiene que pedir disculpas, soy yo.

—Te veo cansado.

Durante una fracción de segundo, pensé que me iba a besar, sin embargo, dio un paso hacia atrás y sentí cómo retiró su mano.

Verlo delante de mí, bañado por la luz de la luna, se me pasaron las preocupaciones. Olvidé que no lo conocía y que no sabía si podía confiar en él.

Olvidé todo, excepto la atracción física que poco a poco se adueñaba de mi cuerpo.

—Tienes razón —dijo—. Estoy cansado. Vamos a la cama.

Aprovechó y atrapó mis dedos con su mano. Lo miré y de pronto, todo a mí alrededor dejó de existir.

—Extraño tu sonrisa —susurró con voz trémula—. Tus besos robados y tus halagos. Pero nada se interpondría en mi camino, te enamoras de nuevo de mí. Tú eres mi vida.

Llevó mi mano a su boca y besó mis nudillos. Suspiró y me estremecí. Me sentía vulnerable y quería llorar. Su tormento era muy intenso, lo notaba en su voz y en sus palabras.

Ese hombre me amaba, y yo no recordaba nada.



Miré la hora en el despertador y giré la cabeza. No quería moverme para no despertar a Gabriel. Me sentía protegida entre sus brazos y la sensación era agradable. Eché la cabeza para atrás y miré su mandíbula poblada de barba incipiente. Quería tocarlo, pero no me atrevía.

—Buenos días, ángel —dijo en tono somnoliento.

Cambió de posición, puso almohadas atrás de su espalda en el cabecero y me estrechó en sus brazos.

—Buenos días —contesté—. ¿Qué hacemos hoy?

—Hoy, nada. Pasar tiempo juntos, necesitas conocerme. —Su voz sonó como un profundo y ronco murmullo.

—Me parece bien, pero tengo hambre. —Sonreí.

—Voy a la cocina. —Se estiró y besó mi frente—. Tómame tu tiempo.

Apartó la manta y se bajó de la cama.

Eché la cabeza hacia atrás y miré a mí alrededor. Un reloj de madera labrada daba la hora desde encima de la mesa que había al lado de la

ventana. El sonido taladraba mis oídos al ritmo de su segundero y el dolor de cabeza se hizo presente. Cerré los ojos con fuerza e intenté borrar los pensamientos con la esperanza de que el dolor iba a desaparecer. Algo se sentía mal, pero no sabía el qué.

Hice caso omiso de la confusión y abrí los ojos. Inhalé una bocanada de aire y me bajé de la cama.

En aquella habitación había aderezos de una buena vida, a pesar de ello todo era triste. Era demasiado grande y los colores de las cortinas amargaban el ambiente.

Miré por el cristal de la ventana y me estremecí. El jardín estaba descuidado y los hermosos rosales se habían rendido ante los hierbajos que crecían salvajes por todas partes.

Me alejé y froté mis brazos. Caminé hasta la puerta y salí al pasillo. Toda la casa estaba perfumada con un rico olor a comida. No me gustaba que él estuviera haciendo todo y yo nada. Me sentía como una niña pequeña a la que tenían que cuidar y mimar. Empujé la puerta de la cocina y entré.

Gabriel estaba de espaldas y no me escuchó. Me acerqué de puntillas y miré con atención sus movimientos. Cortaba verduras y lo hacía con mucha destreza, el cuchillo se movía con rapidez arriba y abajo como si estuviera embrujado.

La atracción que sentía por él era cada vez más fuerte y deseaba no sentirme tan vulnerable. Era preciso estar en guardia y no permitir que mis emociones ejercieran influencia en mis pensamientos.

—¿Tomaste clases de cocina? —pregunté con curiosidad y maravillada al mismo tiempo.

—He vivido solo hasta que te conocí a ti.

Dejó el cuchillo encima de la mesa y giró la cabeza. Por un momento nuestras miradas se unieron; la de él rebosaba de cariño.

Se agachó, inclinándose más cerca, por lo que nuestras narices prácticamente se estaban tocando. Yo estaba temblando de la cabeza a los pies y quise rozar mi boca con la de él, pero no me atreví hacerlo.

—¿Por qué saliste de la cama? —musitó, y después me dedicó una amplia sonrisa.

—No puedo estar sin hacer nada.

—Nunca te gustó estar en la cama más de ocho horas —expresó con

sensualidad, consciente del nerviosismo que mostraba mi cuerpo.

—¿Qué estás cocinando?

Me apoyé en la mesa porque mis rodillas estaban repentinamente débiles.

—Pollo con almendras. Tu comida preferida.

Sonrió, sin embargo, yo no lo hice porque me sentía como una tonta, él diciéndome todas esas cosas que me gustaban y yo no recordaba nada.

Estaba tan desorientada..., tan confundida, una cosa era obvia: empezaba a gustarme.

—Yo no recuerdo...

—Lo siento, Ángela. —Me interrumpió—. No quiero presionarte. Pero no dejaré de recordarte cada día las cosas que te gustan o las que odias. El médico dijo que eso podía ayudar a estimular tu memoria.

—Supongo que tienes razón. —Desvíe la mirada, su par de ojos fijos en mí me hacían sonrojar—. ¿Tengo trabajo?

—Eres maestra de inglés en un colegio al lado de nuestro edificio. Te encantan los niños. —Pasó por delante de mí y su olor a colonia me hizo mirarlo.

La camiseta que llevaba se ajustaba perfectamente a su cuerpo y los pantalones cortos dejaban a la vista unas piernas bronceadas y musculosas. No sabía que me pasaba pero no podía dejar de mirarlo.

Se giró y me pilló mirándolo con descaro.

—Me encanta esa mirada —susurró y dejó los platos encima de la mesa—. Me hace sentirme importante para ti, querido y amado. —Se acercó y me acarició la mejilla con el dorso de su mano—. Te quiero mucho, Ángela y te lo voy a decir todos los días.

Mi piel sentía pequeñas chispas mientras me acariciaba y no podía dejar de mirar esos labios tan apetecibles.

Deseaba recordar el momento en que lo vi por primera vez y que fue lo que pensé. Seguramente era lo mismo que había pensado hace unas horas cuando me desperté. Era muy atractivo y tenía unos rasgos muy sensuales, pero lo que más me llamaba la atención eran sus labios.

Deseaba sentirlos acariciando mi cuerpo, mi piel y mi boca.

—¿Mi ángel está pensando en travesuras? —preguntó y acarició mis labios.

—Eh, no... —balbuceé—. Intentaba recordar algo —mentí.

—Lo que tú digas, pero conozco muy bien esa mirada, Ángela. Sé cuándo piensas en cosas pervertidas y cuando piensas en cosas serias —dijo sonriendo—. No me puedes engañar, te conozco muy bien. Mejor que tú ahora mismo.

—Vale... Estaba pensando en cómo sería...

—¿Sí? —Enarcó una ceja—. Sigue.

—...Como sería besarte —admití y agaché la cabeza avergonzada.

Se echó a reír y se acercó hasta donde estaba yo. Me agarró por la cintura con sus manos grandes y firmes haciéndome estremecer de arriba abajo. Levanté la mirada y vi cómo se humedecía los labios. Mis ojos estaban hipnotizados por esos movimientos tan lentos y sensuales. Ahogué un suspiro, conteniendo las ganas de rogarle e implorar un beso.

—Eso, mi ángel, es una buena señal. Saber que lo deseas, hace que mis miedos desaparezcan —susurró—. Hay esperanza para nosotros. Recibirás un beso esta noche, no quiero presionarte.

El mundo se detuvo. Dejé de respirar lo suficiente para que la habitación se pusiera un poco confusa. Cerré mis ojos y lo repasé todo en mi mente.

Deseaba ese beso y quería darle lo que él necesitaba. Sin embargo, no quería hacerle cargar todo el peso de mí recuperación. No es que me quejara y todo lo que quería era que supiera que no estaba solo, que me importaba, y quería trabajar en hacer que funcione nuestra relación.

CAPÍTULO 4

ÁNGELA

—¿Cuándo fue tomada esta fotografía?—pregunté y Gabriel alzó la mirada.

—El año pasado en abril. Fuimos a ver a tu hermana y después te llevé a la cabaña de tus padres. —Se quitó las gafas y me miró—. Dijiste que fue el mejor fin de semana que pasamos juntos.

Dejó escapar un aliento que revoloteó contra mi mejilla y un escalofrío recorrió mi piel. Me pasé una mano por mi desordenado cabello y miré sus labios. No entendía porque no podía dejar de mirarlos, deseaba tanto sentirlos.

—Tus padres avisaron que vendrían a visitarnos y este fin de semana iremos a la casa de tu hermana —dijo y se levantó de la silla para sentarse a mi lado.

—Me tendrás que decir los nombres de cada uno y si están en las fotos, quiero que me los enseñes.

Agarré con fuerza el álbum, sentirlo tan cerca me ponía nerviosa. La sangre latía con fuerza en mis oídos y tenía la piel muy caliente.

—Claro que sí, Ángela. —Estiró una mano y agarró el álbum.

Tiró despacio y nuestros dedos se tocaron.

Gemí bajito y cerré los ojos, una imagen borrosa intentaba llamarme la atención. No podía distinguir si se trataba de una persona o un animal. Me rendí y abrí los ojos, Gabriel tenía su mano encima de la mía y me daba suaves caricias con sus dedos. Ese gesto tan tierno despertó un deseo inimaginable en mi cuerpo.

De pronto me di cuenta de que me había olvidado respirar.

—Está de aquí es tu hermana.

—Ah... —susurré un suspiro entre dientes y miré la fotografía—.
¿Nos llevamos bien?

—Se puede decir que sí. Solías contarle todo. Incluso le contaste como fue nuestra primera noche juntos. —Apretó mi mano y yo levanté la mirada—. ¿Quieres saber cómo fue?

—Solo si tú me lo quieres contar —susurré, y mi voz sonó ligera como el viento.

Me acarició la mejilla con el pulgar y tuve que reprimir un gemido de placer al sentir el contacto de sus dedos.

—Hay que refrescarte la memoria con eso —susurró mientras acariciaba mis labios—. Hay que saber lo bien que lo pasamos en la cama. —Su mano bajó lentamente hasta mi cuello—. Hay que saber cuánto me gusta estar dentro de ti.

Sentí el fuego que ardía en su voz y noté que se me aceleraba el pulso. Tragué saliva e intenté imaginarme todo lo que me decía. Apretó los dedos en mi cuello y siguió hablando.

—Tienes un cuerpo hermoso. Nunca me cansaría de verlo. —Agachó la cabeza y mordió suavemente el lóbulo de mi oreja. Gemí y cerré los ojos con fuerza—. Pero poco a poco —susurró con los labios pegados a mi cuello—. No quiero asustarte.

Sentí un placer intenso en mi sexo y noté que se había humedecido solo con sus palabras.

Quería poner mis manos en su cabello y quería besarlo. Había un millón de cosas que deseaba y un millón de cosas que quería decirle, pero no lo hice.

—Esta noche, te daré el beso. —Mordió suavemente mi cuello—. Y mañana otro beso. —Besó otra vez mi cuello—. Y así hasta que estás preparada para darte todo.

Me sentí frustrada, quería todo esa noche, no me importaba nada. Solo quería sentirlo y tenerlo encima de mi cuerpo.

Él sonaba tan sincero, y lucía tan serio, que sentí algo empezar a romperse en el centro de mi pecho. Suspiró y me miró a los ojos. Un lado de su boca se curvó hacia arriba en una sonrisa y sentí el efecto de ella en la boca de mi estómago.

—Lo que sé es que te deseo ahora mismo más de lo que deseo seguir respirando.

Sacudí la cabeza un poco y dejé salir una lenta exhalación. Él no tenía que coquetear, con una sonrisa y con esas palabras sensuales me

tenía más que fascinada.

—Recogeré la cocina y luego vendré a la cama. Te contaré como fue nuestra primera noche juntos con todos los detalles. —Me miró y me guiñó un ojo—. Prepárate para un beso inolvidable, ángel.

Solté el aire de golpe cuando Gabriel entró en la cocina y tocó mis labios. Ardían y el calor que desprendían recorrió las puntas de mis dedos.

Me sentía atraída por él y anhelé sentirme amada.

CAPÍTULO 5

ÁNGELA

Estaba sentada en la cama y jugaba con el borde de mi camiseta, bastante nerviosa. Se suponía que Gabriel tenía que estar a mi lado y contarme como fue nuestra primera vez, pero se había quedado en su estudio para trabajar.

El enorme dormitorio estaba a oscuras, solo iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana entreabierta. Las cortinas blancas se agitaban seductoramente con la suave brisa y daban paso al aroma del verano.

Deseaba recibir el beso prometido, sin embargo, sentía miedo. Todo era nuevo para mí y el único consuelo que tenía era que él me quería.

Mis pensamientos eran fracturados, pero deseaba sus caricias para alimentar esta nueva hambre en mí.

No obstante, era extraño como tu mente almacenaba toda la información aprendida a lo largo de los años y la soltaba cuando menos te lo esperabas. Nunca olvidamos leer, cantar, escribir, hablar, comer o besar.

Besar... Era lo único que rondaba en mi mente en ese momento. Deseaba sentir sus labios y deseaba ese beso más que cualquier otra cosa.

¿Amaba a mi marido?

Era una pregunta que me la hice durante todo el día. Me sentía atraída por él, lo deseaba, pero amarlo...

—Estuve hablando por teléfono con tus padres —informó Gabriel mientras cerraba la puerta—. Llegarán mañana por la noche. —Se quitó las zapatillas y se metió dentro de la cama.

—Estoy nerviosa —admití—. No sé qué decirles. No los recuerdo y seguramente ellos esperan gestos de cariño de mi parte.

Dejó las gafas en la mesilla de noche y me sonrió.

—No tienes que preocuparte por nada, Ángela. —Se acercó hasta que su cuerpo quedó pegado al mío—. Ellos saben muy bien que pasó y no esperan ningún milagro —habló suave y cerró los ojos.

Me quedé mirándolo y algo cambió. Me sentía a salvo con él. La preocupación desapareció, sin embargo, todo era demasiado perfecto para ser verdad.

Gabriel poseía una belleza impactante y cada minuto que pasaba a su lado era intenso y me hacía querer miles más. En ese momento era todo mi mundo, todo lo que conocía y todo lo que deseaba.

Se veía cansado, las sombras que se cernían sobre su rostro, le daba una apariencia triste, apagada. Quería aprenderlo todo acerca de él, sin embargo, ni siquiera me había preguntado por qué estaba así y que era lo que sentía.

Abrió los ojos y me observó largo rato, hasta que, con tono sombrío, habló:

—Todo esto pasó por mi culpa. —Emitió un sonido gutural de rabia.

—¿Tu culpa?

De pronto sentí que mis pensamientos se desvanecieron por completo y me embargó una terrible inquietud.

—Sí, mi ángel. Me quedé hasta tarde en una reunión y tuviste que volver sola a casa. Conducir se te da fatal.

Se culpaba, lo sentí en su voz y lo vi en su mirada. Accidentes pasaba todos los días y él tenía que entenderlo.

—No quiero que vuelvas a decirlo. No fue tu culpa, no lo sabías y fue un accidente. —Tomé su mano intentando abrir el puño que había cerrado.

De inmediato estrechó mi mano y suspiró, dejando salir un gemido ahogado. Me lanzó una mirada confusa, y tenía la esperanza de que mis palabras lo pudieran calmar.

—Perdóname, ángel mío. —Vi como una lágrima rebelde escapó por debajo de sus pestañas y estiré la otra mano para atraparla.

Aproveché y acaricié su mejilla con mis dedos. Cerró los ojos y se tranquilizó. Entreabrió los labios y se movió un poco.

En ese momento supe que me iba a besar y cerré los ojos.

Esos labios suaves y carnosos se adaptaron perfectamente a los míos y cuando empezaron a besarme lento, ligero y con pequeños mordiscos, me embriago como el vino.

El beso se volvió arrollador y el latido de mi corazón literalmente movió todo mi cuerpo. No podía recordar nada de mi pasado, pero una cosa estaba bastante familiar. Era bueno besando, y mi mente me lo había repetido todas las horas cuando no podía dejar de mirar sus labios.

Besó mi boca con suaves mordisquitos y tiernos besos castos. Luego se apartó y me sostuvo la mirada.

—Ya tienes tu beso, mi ángel —dijo con voz ronca—. Mañana hay otro. —Se estiró en la cama y cerró los ojos.

Mi corazón latía con fuerza y tenía los labios hinchados por su asalto de besos. Deseaba más, quería más.

—Cierra los ojos, Ángela. Es muy tarde —dijo con tranquilidad—. Mañana te contaré cómo fue nuestra primera vez. Ahora estoy bastante excitado y no soy capaz de hablar sobre eso.

Seguía sin moverme, no podía creer que me besó y luego se comportó como si no había pasado nada.

—Está bien —expresé con decepción—. El beso estuvo bien, esperaba más.

Se echó a reír y ladeó la cabeza.

—¿Estás jugando con tu pelo? —preguntó con los ojos cerrados y sin dejar de sonreír.

La verdad era que sí, jugueteaba con mis dedos en mi cabello y tiraba hacia abajo de los mechones.

—Eh, sí.

—Eso significa que mientes. —Su sonrisa se hizo más grande—. Ya te dije, te conozco bien.

Odiaba el hecho de que me conocía tan bien y yo no sabía absolutamente nada sobre él.

—Deja de darle vueltas al asunto y duerme. Sé que mi beso fue inolvidable así que puedes apagar la luz. —Se tapó hasta la barbilla y se quedó quieto.

—Buenas noches —dije mientras apagaba la luz.

Me arrimé a su cuerpo y él me abrazó con sus brazos fuertes

Ilenándome de un calor placentero. Cerré los ojos y me quedé dormida con una sonrisa muy grande en mis labios, había recibido el beso deseado y fue inolvidable.

CAPÍTULO 6

ÁNGELA

Desperté completamente desorientada. Me senté con lentitud y los recuerdos de la noche anterior volvieron como flechas dando en el blanco.

Una ola de calor envolvió mi cuerpo y dejó mi piel sensible.

Temblé ante el recuerdo del beso. Había sido caliente y perfecto. Sentí que un rubor avergonzado me inundaba la piel, olvidar ese ardiente placer me resultaba imposible.

—¿Pasa algo?

Gabriel se colocó delante de mí y alcé la mirada. Se veía hermoso en su traje, y las gafas le daban un toque sofisticado. Se enderezó la corbata y sonrió.

—¿A dónde vas? —Llevé mis rodillas al pecho y vi que sus ojos siguieron el rastro de mis piernas desnudas.

—Tengo una reunión en la oficina. No tardaré, estaré aquí antes de que lleguen tus padres.

—Me siento tan tonta, ni siquiera pregunté en qué trabajas — expresé con la mirada baja.

Gabriel se movió y se agachó para levantar mi barbilla. Esbozó una media sonrisa y negó con la cabeza.

—No eres ninguna tonta, ángel mío. Soy arquitecto, tengo una empresa junto con mi hermano Hermes.

—Sí, que soy tonta. ¿Tienes un hermano? ¿Qué clase de esposa soy? Yo...

—Ángela, para —susurró con esos labios tan apetecibles—. Es normal, sufres amnesia. Poco a poco te iré contando cosas sobre mí, sobre nosotros... —Su dedo pulgar se deslizó contra mi mejilla, rozando mis labios inferior—. Pero tengo algo pendiente... nuestra primera noche

juntos. —Sopló encima de mis labios dejando un agradable olor a menta.

Sus ojos estaban llenos de cálida pasión y me devoraban. Mi respiración se hizo pesada y las mariposas empezaron a bailar en mi estómago.

Sin embargo, tenía la impresión de que jugaba conmigo, de que disfrutaba haciéndome sufrir, porque deseaba que me tocara y me besara. Me sentía con las manos atadas mientras él llevaba las riendas de mi vida.

—Cierra los ojos —dijo moviendo los labios despacio.

No sabía porque me había dicho eso pero cuando sus labios se posaron en mi cuello, dejé escapar un gemido tan fuerte que me asustó.

—No sabes cuánto me alegra saber que reaccionas de esa manera a mis toques, a mis palabras y a mis besos.

No podía pensar pero traté de guardar esto en memoria. Mis mejillas se sonrojaron y me moví, tratando de acercarme.

Sus labios rozaron la comisura de mi boca y me olvidé de todo.

—Gabriel...

—Paciencia —susurró con los labios pegados a los míos.

Agarré con fuerza las sábanas en mis puños y apreté fuertemente. Su lenta tortura dolía, apretaba mi pecho y hacía palpitar mi sexo. Dejé escapar un suspiro pesado y abrí los ojos.

—Esta noche tendrás tu beso.

Yo quería que él continuara y sabía que lo deseaba, que lo necesitaba. Había una batalla de sentimientos y culpa, pero nadie ganó. Solo el fuerte autocontrol que tenía más sentido común que ninguno de los dos.

—Eres... eres malo. —Solté las sábanas y lo señalé con el dedo.

—Y a ti te gusta cuando soy malo. —Se apartó—. Tienes el desayuno preparado. Intenta descansar.

—Mhm...

—Dejé tus apuntes y tus cuadernos con los dibujos de los niños en la mesa del salón por si los quieres ver.

—Gracias, lo haré.

Su mirada intensa trastornó el comportamiento de mi cuerpo, endureciendo mis pezones y acelerando mi corazón. En ese momento, quería seducirlo y hacerlo ceder.

La camiseta de pijama que llevaba era muy fina y transparente, no podía esconder mi excitación y sin embargo, no me importaba. Lo deseaba tanto y estaba tan mojada que lo único que quería era fundirme con su cuerpo, su piel y sus labios. Me mordí los labios para no hablar y suplicarlo tocarme.

—No hagas eso. —Dejó escapar un gruñido frustrado y se esforzó para mantener su respiración bajo control—. No soy capaz de irme y dejarte así. Deja de morderte los labios, deja de pensar sucio o no responderé de mis actos.

—Yo no...

—No mientas. —Me hizo callar poniendo un dedo sobre mis labios—. Estás tan mojada ahora mismo... —Respiró con fuerza contra mis labios—. No me tientes. Mi fuerza de voluntad no puede soportar mucho más.

—Quédate, por favor —gemí—. Cede...

—No quiero aprovecharme de ti. —Se ajustó las gafas—. Quiero que sientas lo mismo por mí y que no me consideres un extraño.

Se alejó y abandonó la habitación.

Me quedé quieta por unos segundos y luego me tragué el nudo que tenía en la garganta.

Si todos los días iban a ser así de intensos, temía llegar a sufrir más que amnesia, locura. Tenía como esposo a un hombre caliente y atractivo. Era imposible resistirme a él y a sus encantos.

CAPÍTULO 7

ÁNGELA

Había recorrido toda la casa e inspeccionado cada rincón. Me había sentido como una niña mientras exploraba y descubría el mundo. En la biblioteca encontré varios libros de cocina y me atreví a cocinar, siguiendo las instrucciones con atención, sin equivocarme en las cantidades.

Me sentí orgullosa de mi logro, había conseguido preparar una sopa y un cocido de carne con verduras.

No había mucho qué hacer en la casa, pero me había entretenido bastante con la comida y con los trabajos que hicieron los niños. Había mirado con interés cada dibujo por si recordaba algo, pero fue sin éxito. Solo obtuve un fuerte dolor de cabeza.

Entré en el cuarto de baño y me detuve frente al espejo. Me quedé allí hipnotizada y me miré, inspeccionando mi rostro. Llevé la punta de mis dedos a mi cara y pasé la mano por la barbilla, la mandíbula, trazando la línea de mi nariz. Era extraño no reconocer tu propio reflejo en el espejo, veía a una mujer de ojos azules y pelo castaño. Labios finos y pómulos marcados. Me gustaba lo que veía, sin embargo, nada me resultaba familiar.

Lavé mi cara con agua fría y abandoné el cuarto de baño. Pisé la alfombra del dormitorio y miré la cama sin hacer. Todo mi mundo giraba alrededor de ese lugar y pasaba mucho tiempo dentro de la casa.



En los días que siguieron, Gabriel y yo caímos en una rutina. Salía a trabajar por las mañanas y volvía por las tardes, hambriento y cansado. Me gustaba cuidarlo y mimarlo. Lo nuestro se convirtió en algo muy cómodo y tranquilo. Era atento conmigo y aprovechaba cada momento de acercamiento para provocarme y seducirme. Me gustaba su juego y su forma de contenerse. Éramos casi inseparables y lo extrañaba cuando se iba.

—Ya estoy en casa.

Dejé el álbum de fotos en la mesa y me levanté para recibirlo.

—Hola.

—Hola, mi ángel.

Se quitó la americana y la colgó en el perchero. Empezó a desabotonar su camisa y mis ojos siguieron sus dedos como hipnotizados; esa habilidad podía hacer maravillas con mi cuerpo.

—Deja de pensar en hacer travesuras, Ángela. —Se acercó y rozó sus labios con los míos—. Tus padres avisaron que llegarán en media hora.

—Se supone que el marido tiene que besar a la mujer cuando vuelve a casa —dije tímidamente.

Se acercó y levantó mi mentón. Descansó su frente contra la mía y tomó una respiración brusca. La punta de su nariz se rozó contra la mía mientras sus ojos escaneaban los míos.

—Se supone pero eso no significa que lo tiene que hacer. Créeme que lo hacía todos los días y me es difícil ahora no hacerlo. No quiero presionarte, Ángela. No quiero arriesgarme, no quiero perderte.

—No me voy a ir, Gabriel. Soy tu mujer.

—Pero no sientes nada por mí. Necesito conquistarte de nuevo. Quiero hacerlo, solo tienes que dejarme.

—Tienes mi permiso. —Lo tranquilicé.

Él me amaba y deseaba sentir lo mismo por él. Había atracción pero no estaba segura de sí había amor.

—Gracias. Ganaré tu amor y seremos felices de nuevo —repuso con calma.

—Quiero ser feliz porque me gusta quién eres —afirmé y lo apreté contra mí.

No había lugar para disculpas y lamentos. Solo quería disfrutar de tenerlo entre mis brazos.

—Te besaré, ángel, porque los dos lo deseamos, pero te había prometido un beso al día. No recibirás otro esta noche —comentó con voz suave.

—¿Lo harás? —Alcé la mirada.

Sin cerrar los ojos se inclinó hacia mí y me rozó los labios con los suyos, mirándome directamente a los ojos. Emití un sonido de sorpresa mientras apretaba con fuerza los dedos en su espalda.

El cúmulo de sensaciones era tan excitante que suavizó mi postura, fundiéndome con la suya.

El beso se volvió más profundo y sus manos apretaron con fuerza mi cadera. Enredó su lengua con la mía en un movimiento lento y doloroso, emitiendo un profundo sonido de placer.

—Ángela... —susurró.

Se apartó despacio y empecé a parpadear. Abrió la boca para decir algo, pero alguien llamo a la puerta.

—Ya están aquí tus padres. —Secó mis labios con sus dedos, caricias lentas y una hermosa sonrisa—. Mañana otro beso.

Se pasó las manos por el cabello y se ajustó las gafas. Me dio una mirada fugaz, sin dejar de sonreír, y se dispuso a abrir la puerta.

—Hola, cariño —dijo una mujer atractiva, de mediana edad.

Me miraba con aplomo y serenidad. Tenía las cejas ligeramente arqueadas y oscuras, y su sonrisa mostraba unos dientes blancos y perfectos. Vestía elegante y su belleza dio paso a unos rasgos más angulares en su rostro.

Se acercó y, tomándome por los hombros, beso mis mejillas. Aturdida, acepte el acercamiento, aunque no sentía ninguna emoción. Me miró a los ojos y vi que esperaba algo de mi parte.

—Hola —dije en voz baja y suave.

El silencio que siguió no duro mucho, pero a mí me pareció una eternidad. Los dos me miraban con tristeza, como si intentaban disculparse por algo y me sentía atrapada allí.

El pánico se apoderó de mí produciendo que el estómago se encogiera de golpe. Me escondí detrás de Gabriel y me estremecí.

Era incapaz de pensar en aquel instante y no entendía porque no

recordaba nada, no entendía porque la tristeza de esas dos personas me afectaba. Me temblaba el labio inferior y me lo mordí. No podía mirarlos y me estaba dejando llevar por la emoción. Eran mis padres y no los recordaba.

Salí corriendo y me encerré en la habitación.

CAPÍTULO 8

ÁNGELA

No quería salir de la habitación. Quería quedarme en mi mundo desierto, donde nada me asustaba y donde sólo existía Gabriel. Me hubiese gustado responderles a mis padres con el mismo cariño también, pero no conseguí hacerlo. No dije nada porque mis sentimientos no eran reales, y lo que sentía era solo inseguridad.

—¿Puedo pasar?

Despegué la almohada de mi cara y abrí los ojos. Estaba hecha un ovillo en la cama y me sentía fuera de lugar. A veces me quedaba bloqueada y no sabía que decir o qué hacer. No recordaba lo que me gustaba, lo que odiaba y tampoco recordaba a las personas que amaba.

—Pasa. —Sorbí mi nariz y sequé las lágrimas que se escondieron debajo de los párpados.

Cuando lo vi entrar, supe que mi lugar estaba a su lado y supe que tenía que intentar con todas mis fuerzas enamorarme de él.

—Tus padres se fueron.

Se acercó a la cama y se sentó a mi lado.

—Lo siento, no sé qué me pasó, pero no podía engañarlos y decirles palabras cariñosas si no me salían del corazón. No sé quién soy y no recuerdo a nadie.

—Yo sé quién eres, y lucharé todos los días para ayudarte a recuperar los recuerdos.

Gabriel envolvió sus brazos a mí alrededor y me abrazó de esa manera por un segundo. Cuando se movió para soltarme y ponerse de pie, lo detuve. Mis dedos lo presionaron contra mí.

—¿Dijeron algo? —hablé despacio y en voz baja.

—Vendrán otro día. No voy a mentirte, se fueron muy tristes. —

Metió la nariz en mi cuello y sentí un hormigueo cuando empezó a respirar.

—No quise salir corriendo.

—No es tu culpa —murmuró con los labios pegados a mi cuello.

Empecé a sentir frío y era por las sensaciones que producían sus labios en mi cuerpo.

Estaba envuelta en sus brazos, y la sensación de su firme pecho presionando contra el mío me desinhibió. Cada parte de mí cobró vida, calentando y pulsando con deseo.

—Cuando te traje a mi casa por primera vez sabía que este es tu lugar, que nunca debería dejarte ir —confesó—. Eres muy atrevida y eso me conquistó. —Sentí su sonrisa en mi cuello—. Todavía recuerdo lo impactado que me dejaste cuando te quitaste la ropa, tienes un cuerpo exquisito. Luego me desnudaste poco a poco...—Cerré los ojos intentando imaginarme lo que él me estaba contando—. Acariciaste y besaste mi cuerpo lento y suave, luego me empujaste sobre la cama. Te sentaste horcadas encima de mí y me besaste como si fuera la primera vez, como si fuera la última vez. Te entregaste a mí por completo, y yo a ti, mi ángel. Supongo que no hace falta contarte que luego hicimos el amor toda la noche. Eres insaciable —dijo en tono burlón. —Por eso ahora tu mente piensa de esa manera, te gusta hacer el amor más que nada.

Abrí los ojos y giré lentamente la cabeza.

—¿Insaciable? —Enarqué una ceja.

—Mhm...

—¿Y no te has quejado?

—Soy adicto a tu cuerpo, soy adicto a tus besos, soy adicto a ti por completo. —Me sonrió, sus ojos llenos de ternura.

—Oh... —susurré casi sin poder respirar.

—Cierra los ojos —ordenó con voz ronca—. Sé que te dije que hoy no recibirías otro beso, pero no puedo aguantar más. Necesito besarte, necesito sentir tus labios, tu sabor y tu calor.

Cerré los ojos sin protestar, yo también deseaba el beso, más que cualquier otra cosa.

—Dios, quiero devorar esa boca.

Cuando su boca tocó la mía, hice un ruido en la parte posterior de mi garganta. Recibí su lengua con pasión y volqué todos mis sentimientos

en ese beso.

Deslicé mis manos hacia arriba, alrededor de su cuello con una abrumadora pasión. Sentía una necesidad fuerte y la tormenta era violenta dentro de mí.

Apartó su boca de la mía y protesté porque no quería parar. Sentí su cálido aliento en mis labios y abrí los ojos.

—No sé si me siento mejor ahora.

Se alejó, y sin mirarme, entró en el baño.

Ese hombre sabía besar y podía calentar hasta un muerto.

CAPÍTULO 9

ÁNGELA

Estaba librando una violenta lucha interior. Deseaba estar alegre, contenta de reunirme con mi hermana, pero no podía. No cuando lo único que mi mente se empeñaba a decirme era que todos eran unos extraños y que era mejor si nadie me veía así, perdida y atrapada en el presente.

Gabriel había insistido acompañarlo a la casa de Julia, mi hermana. Dijo que era importante verla y hablar con ella. Según él, ella era mi mejor amiga.

En aquel preciso instante el pánico era aún más intenso que otros días. Pero la expresión y la determinación en el rostro de Gabriel me decía que no tenía otra opción.

Entendía porque lo hacía, sin embargo, no me sentía cómoda.

Me obligué a desechar aquellos pensamientos para volver a poner a funcionar mi cerebro.

—Estás tensa —suspiró—. Si quieres volver a casa lo entenderé, pero hablé ayer con tu médico y me dijo que es una buena idea. Es importante conectar de nuevo con las personas que más quieres en la vida.

—Lo entiendo, pero tengo miedo. Más que miedo es angustia. Ellos me quieren y yo les trato a todos con indiferencia.

—No esperan mucho más, estamos todos conscientes de tu enfermedad. Tenemos paciencia, solo necesitamos verte, hablar contigo, mirarte y tenerte cerca. Si no vas a recuperar tu memoria, por lo menos vas a encariñarte de nuevo con nosotros.

—Tú me amas y estoy segura que no quieres mi cariño sino mi amor.

—Me conformaré con lo que sea. —Giró la cabeza y me miró—. No quiero perderte.

—No me voy a ir a ningún lado. Me gusta tu compañía y me gusta cómo me tratas.

—Gracias. —Prestó de nuevo atención a la carretera.

—¿Mi hermana tiene hijos?

—Sí, olvidé decírtelo. Tiene una hija de ocho años. Se llama Paula.

—¿Esta es la casa?

Gabriel estacionó en la acera, frente a una mansión de dos plantas. Estaba adornada con flores rojas que colgaban de las dos terrazas. Una vez fuera del coche, nos saludó una agradable brisa matutina. Justo lo que necesitaba para despejar mi cabeza.

El paisaje que se extendía frente a nosotros, me subió un poco el ánimo y me aferré al brazo de Gabriel.

Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par, y tras ellos, escuché como alguien tocaba el piano.

Después de llegar a la puerta, una sensación de temor me asaltó. Intenté prepararme mentalmente para el encuentro, pero la puerta se abrió de par en par y apareció en la entrada una mujer hermosa, de características atractivas. Su pelo castaño caía en cascada sobre los hombros y la sonrisa que había en sus labios parecía sincera y cálida.

—Angélica. —Sonrió abiertamente—. Me alegro de verte.

—Hola —logré decir y alargué la mano.

Quería cerrar los ojos y regresar al coche. Sin embargo, me quedé donde estaba.

Ella me estrechó la mano y luego se acercó para besar mi mejilla.

—Paula está deseando verte. Estuvo estos días practicando la canción que te gusta a ti.

—Ah, yo... no...

—¿Podemos hablar un momento? —Gabriel la agarró por el brazo y la miró a los ojos.

—Por supuesto —Asintió con la cabeza—. Pasa dentro hermana. Jacob está en la cocina.

Pisé dentro y sentí olor a café. Cerré los ojos y vi a un hombre de mediana edad leyendo el periódico. A su lado apareció mi madre y dejó una taza encima de la mesa. Era mi primer recuerdo, era la primera vez

cuando recordaba a mis padres y me sentía feliz.

Abrí los ojos y miré a mí alrededor. La casa por dentro estaba decorada con cuadros grandes y llena de jarrones con flores.

—Esto es obra de tu hermana —dijo una voz gruesa de hombre—. Le encantan las flores.

—Hola. —Me giré despacio y me encontré con dos pares de ojos azules que me miraban con ternura.

—Te ves hermosa —susurró—. Y me alegro que a pesar de lo que te pasó, sigues con vida. No lo recuerdes, pero mi hermana... —Tragó saliva y apartó la mirada—. Hace dos años tuvo un accidente de coche y murió.

—Lo siento mucho...

—No, no quiere entristecerte. —Abrió los ojos y sonrió—. No me hagas caso. Sé que te encanta el café. —Tomó mi mano—. Tú y yo teníamos un secreto. —Me guiñó un ojo.

—Oh...

—No es nada malo. —Apretó mi mano—. A ti te gustaba el café con dos gotitas de ron.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Cada día descubría detalles de mi vida y me sentía como una pequeña exploradora, sin embargo, me gustaba.

—Entonces es mejor guardar el secreto. —Me eché a reír.

—¿Tía Angélica?

—Paula, ven aquí —dijo mi hermana Julia—. Tu tía no se encuentra bien.

—Tía —murmuró la niña muy risueña y estiró las manos.

Me miraba con ojos inocentes y ansiosos. Aturdida, me agaché y la atraje hacia mí con suavidad. La abracé y ella se aferró a mi cuello para besar mi mejilla.

—Te eché de menos —murmuró—. Sabía que ibas a volver.

—Paula, tu tía está un poco cansada —dijo Gabriel con un ligero tono de preocupación.

—Estoy bien —afirmé, intentando convencerme de ello—. Un pajarito me dijo que has estado practicando nuestra canción.

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Quieres escucharla?

—Por supuesto, pequeña —dije, hablando lentamente.

Había actuado con total normalidad, paciente y sonriente, como si

la recordaba. Esa niña no tenía que saber que yo había perdido la memoria y que no la conocía. Sería quitarle la ilusión y llenarla de dudas y confusión.

—Por algo elegiste la profesión de maestra —me susurró Gabriel al oído—. Tienes un don especial. —Apretó la boca contra la curva de mi cuello, y los labios cálidos y húmedos, dejaron un rastro a su paso en camino hacia mi mejilla—. Te encantan los niños.



Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Paula estuvo tocando una hermosa melodía toda la tarde y mi hermana no paró de contarme detalles de nuestra infancia. Mi cabeza estaba a punto de estallar, todo eso fue demasiado para mí.

—Hermana... —Tocó mi hombro con suavidad—. Creo que tengo que pedirte disculpas.

—¿Por qué? —Abrí los ojos y la miré.

Se sentó a mi lado y tomó mis manos.

—Gabriel me explicó un poco por lo que estás pasando. Yo no lo sabía... bueno, sí. No me imaginé que era tan difícil para ti. Quiero que me perdones por no haberme dado cuenta. Cuando abrí la puerta y te vi, no lo pensé.

—No tienes que pedirme perdón. —Apreté sus manos—. Es verdad que me asusté, pero luego se me pasó. Tu marido y Paula me ayudaron a superar ese momento.

—¿No recuerdas nada?

—No, nada. —Negué con la cabeza y suspiré—. Me siento como una extraña. Solo me siento bien cuando estoy con Gabriel.

—Te ama tanto. Cuando se enteró que... —Dejó de hablar para mirarme—. Lo siento, es mejor no hablar del accidente. Quiero visitarte, quiero verte por lo menos una vez a la semana.

—Me haría placer. El médico dijo que es bueno, espero recordar algo algún día.

—Yo te quiero, hermana. Me da igual si no me recuerdes. Para mí siempre serás mi mejor amiga.

Me abrazó y suspiré.

Me gustaba la sensación y me gustaba sentirme querida. Estaba rodeada de buenas personas y de tranquilidad. Tan solo tenía que aprovechar cada momento y vivir la vida que me había tocado.

CAPÍTULO 10

ÁNGELA

Me despertó el sonido de la ducha mientras distintas imágenes de los últimos días flotaban en mi mente.

Me estiré en la cama y sentí el perfume de Gabriel. Estaba en el aire que respiraba, en las sábanas y en el pijama que cubría mi cuerpo. Mi vida dependía de él y lo único que necesitaba para ser feliz era estar a su lado.

Debí de haberme quedado dormida porque al poco tiempo escuché la voz de Gabriel.

—¿Angélica?

Abrí los ojos y me lo encontré a pocos centímetros de mí.

—¿Te vas? —Mis palabras surgieron en un susurro.

—Tengo que ir a trabajar. Mi hermano me necesita. —Se ajustó las gafas y me besó en la frente—. No tardaré. Arréglate, hoy salimos otra vez.

Me estiré y quise bajarme de la cama pero él me lo impidió.

—Quédate un rato más. —Se sentó a mi lado—. Descansa, mi ángel.

Estiré una mano y le quité las gafas. Lo miré a los ojos y me estremecí. El destello que expresaban era tan intenso que tuvieron un efecto inmediato.

—Tienes unos ojos muy hermosos. —Le acaricié la mejilla—. Me pregunto qué fue lo que me enamoró de ti, qué fue lo que llamó mi atención. Estos ojos... —Lo miré fijamente—. Estos labios... —Acaricié sus labios con mis dedos—. Este rostro tan hermoso... —Sonreí y él hizo lo mismo—. O esta sonrisa tan seductora—. Me acerqué un poco más y bajé

mis manos a su cuello—. Fueron tus palabras, o fue este cuerpo tan apetecible.

—Esto lo tienes que averiguar tú sola y sé lo que estás intentado hacer. —Dibujó una sonrisa—. Si te doy un beso ahora, no habrá otro hasta mañana.

—Odio el hecho de que me conoces tan bien —dije, aclarándome la garganta.

—Es un punto a mi favor. —Me tocó la nariz con su dedo índice—. Poco a poco lo vas a conseguir. Nos vemos más tarde.

Se puso de pie y salió de la habitación.

Me quedé allí sentada, con el corazón acelerado. Sentía un hormigueo en la piel y la sangre me palpitaba en los oídos.

Necesitaba hacer algo para distraerme y dejar de pensar en Gabriel. Su cercanía me afectaba, sus palabras y su mirada me excitaba. Empezaba a sentir algo por él y no sabía cómo nombrarlo. No sabía si era amor o afecto.



Había recorrido la casa entera, sin embargo, no había encontrado nada que me ayudara a recordar algo.

Mañana tenía cita al hospital para hacerme algunos análisis y esperaba unos buenos resultados.

Abrí el primer cajón del armario y miré con detenimiento la ropa. Quería ponerme algo bonito y elegante para la salida.

Busqué entre las camisetas hasta que mis dedos se toparon con algo duro. Era un sobre grande de papel. Lo saqué con cuidado y miré en el interior. Había fotos de varios tamaños y algunas cartas.

Me senté en suelo y saqué todo lo que había en el interior. Estaba intrigada y no sabía si fui yo quien lo había escondido dentro de mi ropa. Miré las fotos y mis manos empezaron a temblar. Mi vista se nubló y vi unas imágenes borrosas. En ellas me vi abrazando y besando a otro

hombre.

Abrí los ojos asustada y miré de nuevo las fotos. Ese hombre estaba en todas las fotografías; me besaba y abrazaba.

Cada nervio de mi cuerpo estaba crispado y el corazón se me subió hasta la garganta, latiendo salvajemente. Temblando, guardé las fotos. Quedaban las cartas, pero temía leerlas.

Las preguntas empezaron a surgir y cada una de ellas me hacía temblar.

¿Ese hombre era mi amante?

¿Gabriel era mi marido o me engañaba?

Mi garganta estaba tan seca y tan apretada que no podía tragar. Sacudí la cabeza y abrí una de las cartas. Necesitaba saber la verdad y necesitaba ser valiente.

Debería darte vergüenza.

Engañar a tu marido con su mejor amigo, es un golpe bajo.

Te estaré vigilando.

CAPÍTULO 11

ÁNGELA

Frenética, guardé el sobre con las fotos y las cartas debajo la ropa. Mis pensamientos eran lentos y la culpa se hizo presente.

Gabriel tenía que llegar y necesitaba tranquilizarme. No quería que él me viera así y quería guardar el secreto. Necesitaba saber si podía confiar en él y encontrar la razón por la que yo lo había engañado.

Me cambié de ropa y me puse maquillaje para intentar ocultar lo que había descubierto. No quería que eso arruinara nuestra salida.

—Ya estoy en casa.

Gabriel apareció en la puerta y se apoyó sobre el marco, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Hola.

Al verlo, un sentimiento de culpa inundó mi corazón y deseaba no haber visto esas fotos. No entendía porque no podía calmarme.

—¿Pasa algo, Ángela? —Se acercó para besar mi mejilla—. Algo te molesta.

Lo hizo tan lento, presionando sus labios sensuales con delicadeza, como si sabía que necesitaba eso.

¿Cómo he podido engañarlo?

—Si no quieres salir, no pasa nada —dijo, empujando las manos en sus bolsillos—. Lo dejamos para otro día.

—Estoy bien y quiero salir.

Odiaba mentir, pero tenía que hacerlo. Sin embargo, no podía mirarlo a los ojos. Me aparté, respirando lentamente y pasé mis manos por el pelo.

—Está bien. —Asintió lentamente, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo—. Voy a cambiarme de ropa. Espérame en el salón.

Abrió el armario y mientras elegía la ropa, yo aproveché y salí de la

habitación. Me preguntaba si él sabía algo, o si sospechaba quién era la persona que me había enviado esas cartas.

—¿Preparada?

Preguntó y me agarró por la cintura.

—Sí.

El contacto me sobresaltó y mi corazón rebotó en mis costillas.

—Me llamó tu hermana... Se acerca el cumpleaños de Paula y quiere saber si puede contar con nosotros.

—Sí, quiero ir.

Me giré y encontré sus ojos, abatidos y cansados. No podía mirar a otro lado, me tenía hechizada.

—Hoy estás un poco extraña. ¿Ha pasado algo? —Su voz era suave, al contrario que su cuerpo.

—Estoy nerviosa por la salida —mentí—. No sé a dónde me llevarás y...

—Te llevaré a pasear y luego a comer. —Besó la punta de mi nariz.



Salimos de nuestro barrio hacia la ciudad. Me encogí en mi asiento y me quedé mirando por la ventana, observando las luces destellar hacia mí. Nada me resultaba familiar, ni los edificios, ni las tiendas y tampoco las personas. Todo era misterioso y nuevo para mí.

—¿Recuerdas algo? —Paró el coche delante de un semáforo en rojo y giró la cabeza.

—No, nada y esto es bastante frustrante.

—Poco a poco, mi ángel.

El semáforo se puso en verde y arrancó el coche.

—Este fin de semana estamos invitados a comer en la casa de mi hermano. ¿Te apetece ir?

—Sí, necesito hacer vida y quiero conocerlo.

El tiempo voló y después de unos pocos minutos, Gabriel detuvo el coche delante de un pequeño restaurante y apagó el motor. Mis ojos

revolotearon a los suyos e intenté no ponerme sensible.

—¿Solíamos venir aquí?

Él resopló, sin aliento, pero con un tinte de emoción en sus ojos.

—Aquí te pedí matrimonio.

—Oh... —Sofiqué un estremecimiento.

Desde mi posición simplemente lo observé por un rato. Él era hermoso y tenía un gran corazón.

—Vamos —dijo y se bajó del coche.

Cuando abrió la puerta del copiloto, agarré con fuerza mi bolso y aspiré una bocanada de aire fresco. Me bajé con cuidado y me acerqué a él.

Él tomó mi mano y me guio dentro del restaurante. Estaba atrapada entre sentirme avergonzada y nerviosa. Mis piernas temblaban y apreté su mano más fuerte.

El interior del local vibraba con entusiasmo. Mi corazón todavía latía rápido mientras miraba alrededor del enorme salón rebotante de vida.

Una camarera nos llevó hasta una mesa que había al lado de la ventana y me senté. Metí las manos por debajo de la mesa para ocultar mi nerviosismo, pero la sensación me asaltó. Todos me miraban y esas miradas curiosas me paralizaron.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Se sentó en la silla que había a mi lado y tomó mis manos.

—Todos me miran —contesté, tratando de evitar que mi voz temblara.

—Eres una persona conocida. Todos te quieren mucho y los niños del colegio te adoran. —Giró la cabeza y miró a su alrededor—. Todos saben lo del accidente y supongo que sienten lastima.

—Yo no quiero eso —susurré—. Quiero recordarlo todo.

—Si lo haces, temo que me vas a dejar —dijo con voz ronca y dolorida.

—¿Gabriel? —preguntó un hombre y cuando levanté la mirada, me quedé sin aire.

CAPÍTULO 12

ÁNGELA

—Tom —dijo Gabriel, su cara una muestra de disgusto.

Los dos se miraron intensamente como si tenían algo que resolver. La cara de Gabriel estaba tensa y la de Tom llena de una inconfundible culpabilidad. Me costaba descifrar esa situación y sabía que algo iba mal.

Yo me había quedado helada. Tom era el hombre que me besaba en las fotos y me sentía consternada por su presencia.

—Hola, Ángela. —Dejó de mirar a mi marido y me miró a mí—. Tienes buen aspecto. Lo siento por el accidente.

—Estamos bien —graznó Gabriel. Atrapó mi mano y la estrechó con fuerza mientras lo fulminaba a él con la mirada.

Un horror intenso me atravesó y cualquier sentimiento de felicidad se esfumó.

—Ya veo. —Su sarcástico comentario fue como una patada en mi vientre—. No quiero interrumpirlos.

Antes de irse, me miró intensamente durante unos segundos e intentó transmitirme algo, pero no le hice caso. Algo me decía que tenía que mantenerme alejada de él, aunque en las fotos, los besos se veían bastante apasionados.

—¿Quién era ese hombre? —pregunté mientras intentaba retirar mi mano, me dolía.

—Nadie importante —bramó y soltó mi mano.

Su tono frío de voz hizo que un dolor afilado atravesara mi pecho.

—Parecía que os conocéis muy bien y sabía mi nombre...

—Déjalo, Ángela. —Con un suspiro reticente, uno que comunicaba lo molesto que estaba, enderezó los hombros y me miró.

—Lo siento, yo... —Mi corazón parecía estar en una montaña rusa. Intenté ponerme de pie pero él me lo impidió y tiró de mi brazo.
—Perdóname. No quise hablarte así. —Su mirada se suavizó.
—Es mi culpa. No tenía que insistir. —Tomé un sorbo de agua y lo miré de reojo.

La expresión de su rostro me decía que estaba perdiendo el tiempo y que era mejor mantener la boca cerrada. Se pasó una mano por el cuello, atrayendo mi atención hacia la bronceada piel que se asomaba por los botones desabrochados de su camisa y me mordí los labios.

Respiró profundamente y relajó los hombros. Intentó tranquilizarme con la mirada, pero su expresión decía todo lo contrario. Estaba disgustado y eso hacía que mis sospechas se agrandaran aún más.

Estaba segura de que él sabía lo de mi aventura, y eso empezaba a preocuparme. En ese momento no sabía si podía confiar en él; por alguna razón yo lo había engañado.

El ambiente cambió, se volvió más tenso y lo único que deseaba en ese momento era regresar a casa. Mi cabeza estaba dando vueltas y me estaba frotando inconscientemente la frente.

—Esta salida no terminó muy bien. —Clavó los ojos en mí como si fuera una extraña—. No pretendía... mejor lo dejamos.

Con lentitud se puso de pie y apretó su boca en una línea sombría.

—Quiero llegar a casa —hablé en voz baja, intentando sonar tranquila.



Gabriel me miraba fijamente mientras yo intentaba respirar con tranquilidad. El brillo de sus ojos era desesperado, sin embargo, no se inmutó.

—Voy a trabajar un poco. —Sus palabras fueron concisas pero no cortantes.

Dio media vuelta y dejó a su espalda un enorme abismo de rabia y enfado. Mientras lo veía alejarse, tuve la sensación de que me arrancaban el corazón del pecho. Solo quería respirar y apartar cualquier otro pensamiento de la cabeza.

El pasillo estaba oscuro, solo estaba iluminado un tramo de escaleras, pero llegué a la habitación sin problemas. Me quité el vestido y me puse el pijama. Impulsivamente, me acerqué al armario y abrí el cajón para buscar las cartas. Quería leerlas por si encontraba algún indicio de lo que había pasado.

Con el sobre en mis manos entré en el baño y me senté en el borde de la bañera. Abrí una de las cartas y empecé a leerla.

El secreto que esconde tu marido saldrá a la luz y tus intentos de taparlos no servirían de nada.

La carta no me aportaba ningún indicio importante, solo decía que Gabriel tenía un secreto y eso ya lo sabía. Abrí la otra carta con manos temblorosas y la leí en voz alta.

Tu marido piensa que lo estás engañando y eso me hace más fácil la venganza.

Había tantas cosas flotando alrededor en mi mente y no podía decir si era mi corazón quien gritaba desde el fondo de mí ser.

Abrí la última carta y cuando la leí, cayeron todas de mi mano y golpearon el piso con un fuerte golpe.

Matar a alguien tiene que ser castigado tomando en su lugar otra vida. Vais a morir los dos.

Me agaché temblando y recogí las cartas del suelo. Tenía ganas de escapar, de dejarlo todo y huir. Sin embargo, me convencí a mí misma de

que tenía que ser fuerte y luchar para averiguar la verdad.
Gabriel tenía las respuestas y estaba decidida enseñarle las cartas.

CAPÍTULO 13

ÁNGELA

Estaba hecha un manojo de nervios, sin embargo, no dudé ni un instante en abrir la puerta del estudio.

Gabriel levantó la mirada y me asusté. Un nudo se hizo en mi garganta, y mientras miraba en sus profundos ojos, pensé que podía llorar. Apreté mi mano libre contra mi pecho y sentí mi corazón tronado bajo mi palma.

—¿Qué quieres, Ángela?

Mi cuerpo empezó a temblar ante su tono frío.

—Hablar, yo... —Mis ojos se fijaron en todas las cosas tiradas y destrozadas que habían en el suelo—. Yo...

—Habla de una vez, no estoy de humor para escuchar tu tartamudeo.

Me armé de valor y me acerqué al escritorio.

—Tenía esto escondido en un cajón. —Dejé las fotos y las cartas delante de sus ojos.

—¿Cuándo las encontraste? —Miró las fotos con detenimiento—. Son las mismas que recibí antes de tu accidente.

—Ayer, pero quiero que leas las cartas.

Abrió una carta y empezó a irritarse, y podía sentir la tensión construyéndose en la habitación.

Vi por el rabillo del ojo cómo tensaba la mandíbula y apretaba el puño izquierdo con fuerza.

Abrió otra carta y gruñó.

Las tiró todas al suelo y se levantó de golpe de la silla, haciéndome retroceder.

—Fui un estúpido. —Respiró con dificultad y se giró para mirarme—. Deberías de odiarme, nunca pensé que él llegaría tan lejos.

—No entiendo nada, Gabriel.

Vi que apretaba los puños con fuerza y me acerqué para abrazarlo.

—Perdóname —susurró—. Pensé lo peor de ti y por eso últimamente llegaba tarde a casa. Yo...

—¿Por qué no me explicas qué pasó? No saberlo es muy frustrante. Es mejor...

No pude seguir hablando, porque al sentir su proximidad, cerré los ojos y apreté fuertemente los dedos en sus hombros.

Durante un segundo, sentí que me iba apretar contra él, pero de repente me apartó y se dio la vuelta.

—Hace más de medio año fuimos a una fiesta que organizó mi hermano —dijo con voz quebrada—. La fiesta terminó muy tarde y estábamos muy cansados los dos. Tú no tenías permiso de conducir y tuve que conducir yo. Todo pasó muy rápido. Se nos cruzó un coche y yo no pude evitarlo. No fue nuestra culpa, pero por desgracia, esa noche murió alguien. Una mujer embarazada...

Soltó un lento suspiro y se pasó una mano por el pelo.

No sabía si estaba enamorada de ese hombre, pero sabía con certeza que todo lo que quería para él en ese momento, era que no se sintiera de la manera en la que obviamente se estaba sintiendo ahora mismo.

Giró la cabeza para mirarme vi dolor y tristeza reflejada en su mirada.

—Su marido juró vengarse, dijo que fue mi culpa. Le declararon a él culpable porque estaba borracho, sin embargo, él seguía diciendo que fue mi culpa. Después de ese accidente las cosas entre nosotros cambiaron, éramos más distantes uno con el otro y cuando recibí las fotos, pensé que lo nuestro había terminado. —Se acercó y acarició mi mejilla con dedos temblorosos—. Empecé a tratarte mal, no venía a casa por las noches, cualquier cosa para evitarte.

—Gabriel...

—Cuando fuimos invitados a otra fiesta, no quise acompañarte y me quedé en la oficina trabajando. Ya tenías permiso de conducir y cuando volviste de esa fiesta, tuviste el accidente. Cuando me llamaron, me sentí culpable, miserable... —Tomó una profunda respiración—.

Cuando me dieron la noticia de tu amnesia, mi mundo se desmoronó, sin embargo, pensé que el destino nos dio otra oportunidad. Pensé que

podía hacer que te enamoras de nuevo de mí.

—Tu plan creo que funciona, porque estoy sintiendo algo. No sé lo que es, pero no puedo dejar de pensar en ti...

Calló mi boca, colocando un dedo sobre mis labios.

—Cuando vi a Tom y cuando vi cómo te miraba, olvidé todo. Él era mi mejor amigo, Ángela... En esas fotos él te besaba y no fui capaz de ver más allá. No quiero que me dejes, perdóname.

—Te perdono pero sigo sin saber porque lo estaba besando en esas fotos.

Vi algo en sus ojos y supe que había tocado su fibra sensible.

—Supongo que tenemos que esperar a que recuperes tu memoria —murmuró—. Lo que me preocupa son las cartas y las amenazas. Sabes, la policía no tiene localizado al conductor que chocó contigo, dio la fuga.

—¿Crees que fue ese hombre?

—Todo es posible. —Sus ojos sostuvieron los míos, luciendo preocupados—. Tenemos que hablar con la policía y tener más cuidado.

—Deseo recordar algo —susurré.

—Lo harás. Yo nunca dejé de amarte. —Levantó mi barbilla y me besó.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello para profundizar el beso y explorar su boca.

Lo hice con una vehemencia ardiente y por un breve momento me pregunté si aquello era un sueño.

Él rompió el beso y colocó su mano encima de mi acelerado corazón.

—Si no nos detenemos ahora mismo... —Inhaló profundamente.

—¿Quieres detenerte? —Le recorrí la línea de la mandíbula con la boca.

—No. —Presionó un beso en mis labios.

—Entonces, no lo hagas. —Empecé a desabotonar su camisa.

—Quítamela, Ángela —susurró—. Me gusta cuando tomas el control, cuando me desnudas...

Bajé suavemente la camisa por sus brazos rozando con mis dedos su piel caliente. Mis manos empezaron a vagar y acariciar su pecho desnudo.

El gimió y cerró los ojos.

Bajé la cremallera de su pantalón y sonreí. Me sentía traviesa y atrevida.

Mi cuerpo me estaba traicionando, alimentando con vehemencia el deseo.

—Esto es algo que no olvidaste, Ángela.

—Ah, yo...

—Sigue, no pares —demandó.

Agarré con los dedos el borde de sus bóxers y miré fijamente el vello que se asomaba por encima de la tela.

Sus cejas se juntaron y su respiración se volvió entrecortada.

Empecé a bajarlos con lentitud y su dureza se levantó orgullosamente retándome a tocarla.

Pude sentir su cálido aliento en mis labios y sus dedos presionando mi cintura. Mi cuerpo tembló ante esas sensaciones celestiales.

—Soy todo tuyo, Ángela.



Miré sus profundos ojos y el fuego se encendió con rapidez en mi interior. Sus labios aterciopelados encontraron a los míos y sentí la pasión aumentando con cada roce. Llevó un brazo alrededor de la parte baja de mi espalda, tirando de mí.

Lo tenía desnudo en mis brazos, caliente y preparado. Era mío, me pertenecía.

Rompí el beso y sonreí contra sus labios.

—Tengo que desnudarme.

Me aparté y comencé lentamente a quitarme la ropa. Se quedó allí, quieto, mirándome con una mirada de pura alegría en su rostro. Las piezas de tela abandonaron mi cuerpo y cayeron al suelo. Los ojos de Gabriel se arrastraron arriba y abajo por mi cuerpo desnudo, y sus labios dibujaron una sonrisa sugestiva.

—Tan hermosa, mi mujer —susurró, sin aliento.

Con una sonrisa torcida, me tomó en brazos y me depositó con

cuidado sobre la cama. Su mirada ardiente nunca dejó a la mía y la sensación era intensa, tanto que mi piel se volvió sensible.

Estiró su gran cuerpo sobre mí, acomodándose entre mis piernas. Su erección palpitaba contra mi vientre y suspiré. Capturó mis labios en un beso provocativo, su lengua lamiendo en la costura de mi boca.

Me retorcí debajo de él, ansiando más.

Gabriel río, soltando un profundo sonido barítono de satisfacción masculina.

—Eché de menos estos sonidos sensuales —murmuró.

Con un gemido ronco, él se levantó sobre sus rodillas, elevando mis caderas con sus fuertes manos.

Sus dientes rozaron un pezón y su lengua hizo movimientos lentos, maravillosos.

Deslizó una mano entre mis muslos, acariciando y frotando, liberando un fuerte estremecimiento en mis piernas. La peculiar sensación incrementó mis gemidos y el ritmo de mi respiración.

Continuó la tortura hasta que me retorcí debajo de sus dedos. Me vine desecha en un grito agudo y fue tan intenso que no paré de gritar.

Se tumbó a mi lado y apartó un mechón de cabello de mi cara. Me besó duro y posesivo, dulce y tierno, y paró justo para mordisquear mis labios.

—Fue asombroso —susurré.

—Esto no ha terminado. —Mordió mi cuello.

—Entonces sigue, quiero más...

—Hecho, ángel.

—Eres mi marido y tu amor es muy hermoso —dije—. Siento mucho cariño hacia ti y creo que empiezo a enamorarme de nuevo.

—Eso me hace muy feliz —murmuró y me estiró sobre el colchón.

Me quedé sin aliento cuando se hundió dentro de mí. Sus fuertes brazos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza y comenzó a bombear sus caderas, montándome en un lento movimiento rotatorio.

Se me aceleró el pulso y sentí los efectos de sus embestidas como destellos por todo el cuerpo.

Aumentó el ritmo, embistiendome más duro, más rápido y yo envolví mis piernas alrededor de su cintura, arqueando mi espalda permitiéndole llenarme más profundo.

Mi cuerpo se tensó a medida que se acercaba al clímax y me aferré a sus hombros, clavando mis uñas en su piel.

Hemos permanecido así unos minutos, ninguno no quería separarse.

—Había olvidado lo bien que se nos da esto —susurró con los ojos cerrados—. Y ahora, seguramente pedirás otra ronda.

Abrí la boca para contestar, pero cuando giré la cabeza, una imagen borrosa con el rostro de Tom, apareció delante de mis ojos.

*—Me gustas y te perseguiré hasta que serás mía. Solo una vez, Ángela.
—Cerré los ojos cuando me besó con fuerza.*

Cuando abrí los ojos, vi que Gabriel me miraba con el ceño fruncido.

—¿Recordaste algo?

Salí de mis pensamientos y lo miré.

—Algo, pero muy borroso.

No me gustaba mentir, pero me veía practicando obligada a hacerlo. Había detalles que necesitaba averiguarlos yo sola y asegurarme que no le harían daño. No quería decepcionarlo, me cuidaba y me trataba como algo precioso.

CAPÍTULO 14

ÁNGELA

Había pasado una noche inolvidable en la compañía de mi marido. Me hizo el amor con intensidad, con pasión y con una ternura fuera de lo común.

—¿Estás preparada para la consulta?

Regresé a la realidad con una brusquedad que me produjo una sensación nauseabunda. Apreté fuertemente mi bolso y alcé la mirada.

Gabriel me miró con una expresión cariñosa, su brillo revelando todo lo que necesitaba saber.

Di un paso hacia delante y puse las manos sobre sus hombros.

—Sí, lo estoy. Quiero saber si hay algún cambio.

—Yo también —dijo en tono afable.

—Quiero decirte algo —susurré—. Puede que no recuerde nada, pero de una cosa estoy muy segura. Me gustas mucho y significas todo para mí.

—Supongo que no puedes evitarlo. —Dejó escapar una suave carcajada—. Soy un hombre muy atractivo...

—Tienes toda la razón —afirmé con voz entrecortada—. No voy a negarlo... pero también un buen amante.

—¿Te refieres a lo que pasó anoche? —Enarcó una ceja—. Yo creo que aquí te equivocas.

Tocó mi nariz con su dedo índice. Mostró una sonrisa dulce y suave, y tuve que devolvérsela.

—Bueno...

—Fuiste asombrosa, ángel. —Me apretó contra él—. Me sentí amado de nuevo. Gracias.

—Yo también me sentí amada.

Presionó sus labios contra los míos y una intensa erupción de placer

explotó desde mi alma.

—Tenemos que irnos —murmuró.

Contuve un lamento y asentí con la cabeza.



Llegamos al hospital y Gabriel se fue a la recepción para avisar que habíamos llegado. Yo era un manojo de nervios mientras esperaba al médico especialista en la sala de espera.

Cerré por un instante por los ojos y vi imágenes borrosas con Tom. Una emoción se disparó a través de mí y mi cabeza explotó en dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel y abrí los ojos.

—Creo que sí.

Escuché pasos surgir del pasillo y alcé la mirada.

—El médico os espera —expresó una joven vestida de blanco.

Gabriel se puso de pie y estiró la mano para ayudarme.

Caminé a su lado en silencio y mi estómago se hundió en el momento en que la puerta se abrió. Imágenes nuevas aparecieron de la nada y me di cuenta de que no era la primera vez cuando entraba en esa habitación.

Mi corazón dio un brinco a toda marcha y pensé que mi alma se había encendido.

—Señora Cárter. —El médico se acercó para estrechar mi mano.

Su colonia me trajo más recuerdos y llenó mi cuerpo con un millón de sensaciones a la vez.

Su marido no tiene que saberlo, seguro que lo conseguiremos.

Esas palabras me golpearon la cabeza y cuando vi la sonrisa de aquel

médico, mis piernas dejaron de sostenerme.

Su mirada penetrante conectó con la mía y por un instante sentí que quería decirme algo.

—Tengo los resultados y parece que hay buenas noticias —dijo y lo observé con emociones divididas.

—Perfecto —habló Gabriel.

—Lo que tiene que hacer, es venir todas las semanas a las horas de psicoterapia. —Retrocedió hasta su escritorio—. Siéntense.

Me senté y mis ojos viajaron alrededor de la habitación, los objetos me resultaron familiares pero no podía recordar nada más.

—También vamos a hacer psicoanálisis de sus sueños, señora Cáster. —Me miró y torció una sonrisa—. Analizaremos sus sueños para facilitar la recuperación de los recuerdos reprimidos.

—¿Cómo lo vais a hacer? —quiso saber Gabriel y el médico se giró para mirarle.

—Tendrá que quedarse aquí algunas noches. Hay también algunas técnicas de relajación y le administramos un tratamiento con benzodiazepinas, una droga hipnótica que puede facilitar la recuperación de los recuerdos.

—¿Eso no es peligroso? —preguntó mi marido.

—No, para nada. Es un método para conseguir mejores resultados —añadió y me miró—. Si es que desea recuperar la memoria.

Sus palabras revolvieron mis pensamientos, pero de alguna manera me las arreglé para dar una respuesta coherente.

—Por supuesto que quiero.

El médico entrecerró los ojos y se puso de pie.

—Os espero dentro de dos días. Hasta luego, señora Cáster. —Se acercó y estrechó mi mano.

Él nunca sabrá que estuviste embarazada.

Retiré mi mano con brusquedad y el recuerdo se desvaneció. Mis piernas se volvieron de gelatina y mi corazón corrió fuera de control.

Sus ojos escanearon mi rostro y se inclinó ligeramente hacia mí.

—Lo siento, no me di cuenta que le había estrechado la mano con tanta fuerza.

—No importa —dije, vacilante.

—Hasta luego. —Sonrió cariñosamente.

Cerró la puerta detrás de nosotros y dejé escapar un suspiro.

Gabriel me miró con reverencia, acercándose y envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura.

La confusión pesaba en mi corazón, y necesitaba salir de ese sitio cuanto antes.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Quiero ir a casa.

Apoyé mi cabeza en su sólido pecho y cerré los ojos. Me sentía muy segura con él, muy protegida.

—Vamos —murmuró—. Prepararé algo de comer.

No entendía nada y tampoco vislumbraba lo que escondía mi pasado.

CAPÍTULO 15

ÁNGELA

Días después...

Me quedé mirando el techo durante un rato, pensando. No podía dormir, tenía miedo a las pesadillas. Últimamente eran tan reales, que me despertaban gritando.

No quería preocupar a Gabriel y tampoco decirle que el rostro de Tom, me atormentaba cada noche.

Descubrí mis piernas y me bajé de la cama en silencio. Me puse una bata de seda que hacía juego con el camisón y caminé descalza hasta la cocina. Me hice un chocolate caliente y me senté en el sofá. Escuché pasos y giré la cabeza.

—¿No puedes dormir? —preguntó mi marido.

Se sentó a mi lado y cubrió mis piernas con una manta.

—Tengo pesadillas...

—El médico dijo que pueden ayudar.

—No lo sé, pero me dan miedo.

—Lo siento. —Metió las manos por debajo de la manta y agarró mis pies. Los colocó encima de sus piernas y empezó a masajearlos con lentitud—. Quiero ayudarte, pero no sé cómo hacerlo.

—Me ayudas mucho. Pasas tiempo conmigo y me siento a salvo y feliz.

—Esta mañana me llamó el detective que investigó tu accidente. Han detenido a alguien —dijo, apoyándose contra las almohadas—. Al parecer, tu coche fue empujado fuera de la carretera.

—¿Alguien intentó matarme? —pregunté con voz tensa.

Me quedé congelada un instante.

—Se trata de ese hombre, Oliver Stone —suspiró—. Dicen que lo van a meter preso por intento de asesinato.

Parpadeé y abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrió nada, así que volví a cerrarla y me quedé mirándolo estupefacta.

—Lo malo es que no tienen tu declaración.

—Pero yo no recuerdo nada —dije con una mueca.

—Saben lo de tu enfermedad y por eso van intentar pedir el máximo de años. Quieren asegurarse de que se quedaría encerrado por mucho tiempo.

—¿Ahora estamos a salvo?

Se movió hasta que su rostro quedó muy cerca del mío. En aquel momento no pude hacer nada más que quedarme mirando fijamente aquellos apetecibles labios.

—Estás a salvo, ángel.

Dejó de tocar mis pies y empezó a deslizar los dedos por mi piel hasta la altura de mis muslos. Sentí una oleada de calor en el pecho que subió después por el cuello hasta llegar a mi cara.

Gabriel no tardó ni un segundo en quitarme la bata y el camisón de seda, hasta la cintura. Me susurró palabras bonitas y tomó mis pechos con las manos para acariciarlos.

Contuve la respiración cuando bajó la cabeza para besar mi cuello, bajando lentamente.

El deseo invadió mi cuerpo y le quité la camiseta. Quería tocarlo y sentirlo vibrar debajo de mis dedos.

Era fácil estar con él, fácil pero emocionante también.

—Bésame —rogué con vehemencia.

Su beso era salvaje y delicioso

—A sus órdenes.

Se inclinó y sopló aire caliente encima de mis labios. Gemí y escuché mi propia respiración surgir más rápida.

Tomó mis labios con hambre, empujando su lengua entre mis dientes y deslizando sus manos por mis pechos desnudos.

Me rendí al momento y envolví mis manos alrededor de su cuello.

—Mía —dijo con una intensidad que me volvió loca.

Sacudí mis caderas, moviéndome contra su dureza y le devolví el beso con la misma pasión.

Cubriendo mi cuerpo como una manta, se estiró abrió mis piernas. Sus dedos encontraron mi punto sensible y empezaron a acariciar y presionar con rapidez.

—Te necesito dentro de mí —dije con tono áspero—. Ahora.

Puso sus manos debajo de mi trasero, lo levantó y se empujó en mi interior en un movimiento suave, enterrándose hasta la empuñadura.

—Oh...

Gabriel no fue gentil. Golpeó dentro de mí lo suficientemente duro para hacerme gritar y gruñir. Su agarre era firme y fuerte, y no paró hasta que el orgasmo explotó a través de su cuerpo. Lo sentí temblar, y sus gemidos me llevaron a lo más alto.

Grité su nombre y lo abracé, deseando fundirme con su cuerpo.

—Te quiero, ángel.

Cerré los ojos y entrelacé mis dedos con él. Me sentía absolutamente perfecta y completa con él a mi lado.

Gabriel pasó un brazo por debajo de mí, acercándose aún más.

—Dulces sueños —susurró en mi oído.

CAPÍTULO 16

ÁNGELA

Gabriel detuvo el coche y yo me quedé boquiabierta.

—Guau —dije con asombro.

La casa de piedra que se alzaba sobre la cima de la colina era una maravilla. La entrada circular estaba repleta de rosales en flor y el paisaje periférico me impresionó.

Mientras él aparcó, vi como la puerta de la entrada se entreabrió. Mi estómago se encogió por los nervios y mordí los labios.

—No te pongas nerviosa, cariño —murmuró mi marido—. Solo está en casa mi hermano. Su mujer y las hijas están de compras.

—Cada vez que tengo que conocer a alguien de la familia, siento una fuerte presión en el pecho, temo equivocarme y decir algo que no debería.

—Ey. —Tomó mi mano izquierda y la estrechó—. Todo estará bien.

Estiró el cuello y me besó. El calor de aquel beso borró todas mis dudas, fue como una caricia divina.

Se apartó y llamó a la puerta. Me aferré a su brazo y tomé una profunda respiración.

Una ráfaga de aire golpeó mis mejillas y me quedé estupefacta cuando vi al hombre que había abierto la puerta. Era igual de hermoso que Gabriel, y lo único que lo diferenciaba era el color de pelo y ojos. Tenía los mismos labios gruesos y aterciopelados que mi marido, la misma altura y la misma mirada misteriosa.

—Hermano. —Esbozó una sonrisa y lo abrazó—. Me alegro que has venido.

—La decisión la tomó Ángela.

El hombre ladeó la cabeza y buscó mis ojos.

—Siempre dije que mi hermano es un hombre afortunado. —Se

acercó con cautela—. Estás preciosa hoy.

—Deja de hacer lo mismo... —gruñó Gabriel.

Permanecí inmóvil, mientras los pensamientos se arremolinaban, confusos, en mi mente. Al final, dije:

—Estoy perdida. —Forcé una sonrisa—. No entiendo que pasa.

—A Hermes le gusta ponerme celoso. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y lo consiguió alguna vez? —Lo miré intrigada.

—Siempre. Y eso es porque tú me seguías la corriente. Era una broma nuestra —explicó Hermes con una amplia sonrisa en sus labios.

—Ya, mejor entramos —dijo secamente mi marido.

—Hoy también lo has conseguido. —Le guiñé un ojo a Hermes.

Los dos se echaron a reír y por primera vez sentí que el miedo y la inseguridad abandonaron mi cuerpo.

—Mi mujer llegará más tarde. —Me agarró por el brazo y me guió hacia el interior—. Espero ser una buena compañía.

—Seguro que sí —dije—. Me gusta mucho la casa.

El salón estaba repleto de plantas y fotografías familiares. Dos sofás estaban en frente de una chimenea, enmarcados con dos mesas auxiliares y una mesa de café en el frente sobre una alfombra de color blanco. La decoración era sencilla pero con buen gusto.

—Me alegro, porque fuiste tú quién convenció a Vivian que la compremos. A ella le pareció demasiado grande.

—Oh. —Solté su brazo y miré a mi alrededor.

—Esta casa perteneció a tu tío Harrison —explicó Gabriel—. Yo quería comprarla para nosotros, pero te negaste. Aquí pasaste gran parte de tu infancia y algunos momentos no fueron tan agradables.

—¿Qué pasó? —Lo miré con expresión expectante.

—Habla en casa. Es una larga historia. —Se acercó y besó mi frente.

—Voy a traer algo de beber.

Hermes se fue a la cocina y aproveché el momento para hacer más preguntas.

—¿Por qué no viví con mis padres? No lo entiendo.

—Porque tus padres... —suspiré dolorosamente—. No quiero entristecerte ahora.

—¿Me lo contarás en casa?

—Sí, ángel.

—Aquí traigo limonada. —Hermes levantó una bandeja en el aire—. Tengo un montón de anécdotas por contar.

—Oh, por Dios. —Gabriel gruñó y me atrapó en sus brazos—. Prepárate para una tortura larga y dolorosa.



—Deja que te ayude.

Gabriel se paró detrás de mí y bajó la cremallera de mi vestido. Deslizó la tela sobre mis hombros y el movimiento me estremeció. Tenía los nervios a flor de piel.

Dirigiéndole una mirada ardiente, dije:

—Tu hermano es muy simpático.

La postura relajada de mi marido se transformó de inmediato en una de alerta. Se inclinó hacia delante y colocó las manos en el tocador, a cada lado de mi cuerpo.

—Aja, ¿y qué más? —Entrecerró los ojos.

—Guapo, como tú...

Bajé la vista y no pude evitar percibir el contacto de su pecho presionando al mío. Se me calentó la piel y la excitación palpitaba entre mis piernas.

—¿Cómo yo o más? —Su cálido aliento cosquilleó mis labios.

—Tú eres más guapo que él y me gusta cuando te pones así.

—¿Así cómo? —Se acercó todavía más, hasta que nos separaba solo un susurro.

—Celoso.

—Ahora me arrepiento. No tenía que haberte llevado a la casa de mi hermano.

Se apartó para darme un respiro y ladeó una sonrisa. Le devolví la sonrisa, luego abrí la boca para replicar.

—Gabriel... —Tomé una profunda respiración—. Quiero saber que pasó en la casa de mi tío.

—Está bien, pero prométeme una cosa. —Se apartó despacio—. Que no vas a odiar a tus padres. Ya los has perdonado.

—Lo prometo, ahora habla.

—Cuando cumpliste los tres años, la empresa de tu padre quebró y se quedaron sin dinero. Tu tío Harrison se ofreció ayudarles y te acogió en su casa. Él y tu tía Agnes no tenían hijos y sé ilusionaron mucho con tu llegada. Pero...

—No pares, por favor.

—Tu tío era un hombre frío y calculador. Cada noche te encerraba en una habitación y te obligaba a escuchar cintas grabadas con documentales. Pasabas noches sin dormir y tu agotamiento empezó a llamar la atención. No permitía la visita de tus padres y ellos apenas sabían cómo estabas.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque estaba obsesionado con la educación. Quería que aprendes todo para que luego lo ayudarás en sus negocios. Eres una mujer muy lista, Angela. Tienes un coeficiente intelectual altísimo. Aprendías todo muy rápido y él era tu profesor. Un día, te enfermaste y te desmayaste. Se asustaron y llamaron a un médico. Ese pobre hombre avisó a los servicios sociales y te sacaron de esa casa a tiempo.

—¿Por qué mis padres lo permitieron?

—Eran pobres, no tenían dinero ni para comer.

—¿Qué pasó después?

—Tu caso fue bastante mediático y eso ayudó a que tus padres encuentren trabajo. Empezaste las clases en un colegio especial y con el tiempo todo volvió a la normalidad.

—No sé qué decir...

—Esto lo tenías más que superado, ángel. No le des más vueltas.

Sus palabras me reconfortan y cualquier otra duda o pregunta que tenía, se desvanecieron. Él hacía mi mundo bonito, tranquilo y apasionante.

—Está bien.

—Ahora quiero terminar lo que empecé hace media hora —
murmuró—. Abre las piernas.

—¿Para qué? —Me quedé paralizada ante la decisión.

—Angélica... —gruñó y dio un paso hacia delante—. Obedece.

Lo miré y la tensión se anudó en mi estómago. Mis pezones se
endurecieron y un placer electrizante bajó por mi espalda.

—Quiero ver lo mojada que estás para mí. —Se agachó y me besó
en el cuello.

Tenía los ojos clavados en los míos y me miraba con una mezcla de
lujuria y adoración.

—Quiero verte desnuda —susurró—. Ahora.

Me quedé sin aliento y durante un momento contemplé la
posibilidad de negarme.

Ese juego me gustaba, él me gustaba y la idea de obedecerlo me
gustaba. Me humedecí los labios y asentí con la cabeza. Cumplí el orden y
me entregué a él por completo. Me llevó al límite de la excitación y me
hizo perder la cordura.

CAPÍTULO 17

ÁNGELA

—*¡No me toques! —grité.*
—*No te quejes, te gustará.*
—*Suéltame, por favor.*
—*Cállate.*

Me desperté jadeando y desorientada.

La oscuridad reinaba en la habitación y por un segundo, pensé que no mi pesadilla no había terminado.

—¿Ángela? —Gabriel entró en la habitación y se acercó a la cama—. ¿Estás bien?

Estiró la mano y encendió la luz. Su voz sonó despreocupada, pero tenía el rostro sobrio.

—Estoy bien... —Mi voz era apenas un susurro.

—¿Otra pesadilla?

—Sí —contesté con voz ahogada.

—¿Lo mismo? —Acarició mi rostro con el dorso de su mano—.

¿Quieres contármelo?

—Es que no entiendo nada...

Los segundos se dilataron y convirtieron en minutos la respuesta de mi marido.

—Mejor hablamos más tarde. No tienes buen aspecto. —Se puso de pie y me ayudó a bajar de la cama—. Ven a desayunar, te sentará bien. Está todo preparado.

—¿Tortitas? —pregunté alegremente intentando disimular el temblor de mi voz.

—Mhm, son tus preferidas.

—¿Y siempre las hacías tú? —Alcé la mirada y me perdí en el brillo de sus ojos.

—Sí —contestó y miró mis labios.

Se acercó y me tomó por la cintura. Colocó su boca en mi cuello y mordió suavemente mi piel. Me dio pequeños besos haciéndome gemir de placer y cuando entreabrí los labios para recibir su beso, el timbre de la puerta sonó.

—Creo que es tu madre. —Apartó la mirada—. No paró de insistir, y no tuve otra elección.

—No te preocupes. Quiero verla —hablé con un hilo de voz.

—Te espero abajo.

Asentí con la cabeza para indicarle que lo había entendido y miré como abandonaba la habitación.

Entré en el cuarto de baño y me cepillé el pelo. Tenía las mejillas sonrojadas y un brillo inexplicable en los ojos. Lo que sentía por Gabriel me tenía confundida.

Abrí el primer cajón para buscar la crema para la cara y cuando vi un test de embarazo al lado, dejé de respirar.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó la dependienta.

—Un test de embarazo.

Lo tomé para mirarlo y mi visión se puso borrosa. Cada vez que recordaba algo, me sentía mareada. No sabía porque tenía eso en mi cajón y tampoco recordaba algo más.

Levanté la camiseta y examiné atentamente mi estómago. No tenía ninguna marca, no había ningún rastro que indicara algún embarazo.

Dejé el test donde estaba y eché un poco de agua fría sobre mi cara pálida. El único quien tenía respuestas a mis preguntas era ese médico.

Salí de la habitación dudando, no sabía cómo iba a reaccionar al ver de nuevo a mi madre.

Bajé las escaleras y un olor agradable a tortitas hizo que mi estómago rugiera.

—Mmmm, tortitas. Gracias, mi amor —susurré y lo besé.
—Son tus preferidas...
—Y tú también. —Lo besé de nuevo—. Comeré sólo una...
—¿Por qué tanta prisa? —Me miró intrigado.
—Llego tarde a la cita con el médico.
—¿Qué cita? —Rodeó mi cintura con sus brazos—. ¿Te pasa algo?
—Eh... no, es por una revisión.

Al recordar ese momento, mis piernas se convirtieron en gelatina y caí de culo por las escaleras.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre y se acercó para ayudarme—.

¿Estás bien, hija?

La miré a los ojos deseado recordar algo, algún momento con ella para soltar la tensión que comía mi cuerpo, y dar rienda suelta a los sentimientos.

—Estoy bien, gracias. —Me aparté y bajé el último escalón.

—Te echo mucho de menos. —Acarició mi cabello.

Sentí un impulso de salir corriendo, pero luché para que mis pies se quedaran quietos.

—Ya está el desayuno —avisó Gabriel.

Me acerqué a él y tomé su mano. Él miró a mi madre y esbozó una sonrisa.

—Vamos a ver si no cambiaste la receta de mi abuela —murmuró mi madre, devolviéndole la sonrisa.

—No, señora —contestó y apretó mi mano.

Mi madre entró en la cocina y Gabriel acercó los labios a mi oído.

—Lo estás haciendo muy bien, ángel. —Besó mi cuello.

Su cálido aliento me produjo un placer tan exquisito que me vi obligada a cerrar los ojos por un instante antes de volver la cabeza y asentir con un gesto silencioso.



Gabriel estaba recogiendo la cocina y me había quedado sola con mi madre en el salón. Su mirada era intensa y cariñosa, transmitía seguridad y confianza. Me senté a su lado y tomé sus manos en las mías.

—Tiene que ser duro para ti verme así —suspiré dolorosamente.

—Lo es, Ángela. Pero soy tu madre y te aseguro que nunca encontrarás a alguien que te amé más que yo. Para mí tú eres más valiosa que cualquier otra cosa en este mundo. Me equivoqué, te fallé hija... — Cerró los ojos—. Eso nunca me lo perdonaré, pero...

—Gabriel me lo contó.

Abrió los ojos y estrechó mis manos.

—Estarás pensando lo peor de mí, te abandoné, te dejé sola en esa casa, con ese monstruo...

—No, te equivocas. —Sentí mis ojos húmedos—. Te sacrificaste por mí, como cualquier madre. No tenías dinero, lo entiendo perfectamente.

—Sorbí mi nariz—. Gracias a ti ahora soy una persona buena.

—Verte feliz y sonreír es mi alegría —dijo y besó mis manos—. Y lo eres, Gabriel te quiere y te cuida muy bien.

—Madre hay solo una y me alegro de tenerte a mi lado. Estoy segura que recuperaré mi memoria y sino, quiero que sepas que me siento orgullosa de ser tu hija.

Por primera vez, el pánico y el miedo, dejaron de existir. Mi familia era muy importante para mí y había decidido hacerlos saber.

CAPÍTULO 18

ÁNGELA

—Tu madre se alegró mucho. —Besó mi frente.
—No los recuerdo, pero a ti sí.
—¿Qué recuerdas?
—Fragmentos cortos. Por ejemplo esta mañana al sentir el olor a tortitas recordé que siempre las hacías por la mañana.
—Es verdad. ¿Algo más?
—Solías recogerme del trabajo...
—Lo hacía porque no tenías permiso de conducir.
Sonrió, llenando mi pecho con una luz ligera que resplandeció.
—Por las mañanas, acostumbrabas dejarme notitas en el espejo...
—Mhm, y ahora que lo dices. Tú también me dejabas notas encima de mi escritorio.
Se alejó y abrió un cajón. Sacó un papelito de color rosa y me lo dio.

Te quiero mucho, empollón.

Tu sexy mujer.

—¿Empollón? —pregunté, lanzándole una sonrisa divertida.
—Así solías llamarme. Es por las gafas...
—Ah, me gusta.
Solté un suspiro tembloroso. Sentí como la temperatura de mi cuerpo aumentó y la comisura de su boca se curvó de forma casi imperceptible, como una sutil promesa de todo aquello que estaba por

llegar.

—Ahora a dormir. —Me dio una palmada en el culo.

—¡Hey! —grité riendo—. Eso dolió.

—¿En serio? Vamos a mirar entonces —declaró al tiempo que me bajaba los pantalones.

—¿Qué haces? —pregunté con voz lastimera.

—Mirar por si tu hermoso trasero se puso rojo.

Con suma delicadeza me acarició la piel, deslizando sus dedos en movimientos circulares, eróticos. Sus manos eran fuertes y sensuales, me excitaban y me dominaban.

Cerré los ojos y empecé a flotar.

—¿Y?—pregunté, sorprendida de poder hablar.

—Y, sí —resopló—. Tendré que besarlo.

—Hazlo. —Empujé lejos los pantalones.

—A tus órdenes. —Me tomó en brazos y me llevó hasta la cama.



—¿Te vas? —murmuré con los ojos cerrados.

—Tengo una reunión importante esta mañana. —Besó mis labios—. Puedes aprovechar y dar una vuelta por el barrio.

—Lo haré. —Tomé su rostro en mis manos—. Qué bien hueles.

—Es tu perfume preferido. —Se apartó y me quedé con las manos en el aire—. Me tengo que ir.

Gabriel salió de la habitación y me puse de pie sin pensarlo. Necesitaba salir de casa cuanto antes, esa era la única oportunidad que tenía para ir a la clínica. Ese médico tenía todas las respuestas a mis preguntas.



Incliné mi cabeza contra la ventana del asiento trasero del taxi y traté de ignorar la sensación más aterradora que brotaba dentro de mí; el miedo.

Las calles de la ciudad pasaban de largo por la ventanilla y nada me llamaba la atención.

El taxi se detuvo delante de la clínica y cuando vi las escaleras, mi cuerpo se puso tenso. Me quedé quieta intentando asimilar lo que recordaba.

Me vi subiendo las escaleras corriendo y llorando. Tenía la ropa arrugada y el rostro lleno de sangre.

Mis manos temblaron al recordar ese momento y levanté la mirada sorprendida cuando el taxista me abrió la puerta.

—¿Es aquí, señora?

—Sí, gracias.

Me bajé del taxi y me apresuré a subir las escaleras. Mis pies me llevaron rápidamente delante de la recepción.

Una chica joven, de características atractivas, alzó la mirada cuando me vio y sonrió.

—Señora Cárter... Cuanto tiempo sin verla —dijo sin dejar de sonreír.

—Ah, sí. ¿Está...?

—El doctor Winston está libre ahora. Le avisaré que está usted aquí. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Me senté y estiré la mano para coger una revista. Miré con atención los rostros de las personas que aparecían en la portada, sin embargo, no reconocí a ninguna. Frustrada, dejé la revista en la mesa y eché la cabeza hacia atrás.

—¿Ángela?

Aparté el pelo que cubría mi frente y abrí los ojos. Miré a hombre que estaba delante de mí y me estremecí. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su bata blanca y su expresión bastante seria.

El silencio comenzó a extenderse de forma inquietante.

—Hola —pronuncié de prisa.

—¿Por qué estás aquí? —Se acercó—. ¿Estás sola?

—¿Podemos hablar? —pregunté angustiada.

—Sí, ven conmigo.

Dio la vuelta y seguí sus pasos en silencio.

Abrió una puerta y me dejó pasar. Me senté en una de las libres e intercambié miradas con él.

—¿Qué recuerdas, Ángela? —Se enderezó en la silla.

No respondí, pero lo estudié con detenimiento. La manera en la cual se comportaba y me miraba me dio confianza. Sentir eso fue como encontrar un río tranquilo en la tormenta que había sido mi vida en los últimos días.

—Recuerdo haberme hecho un test de embarazo, pero... —Miré hacia abajo y toqué mi estómago—. Y también algunas conversaciones que tuvimos nosotros.

—¿Estás preparada para escuchar la verdad? —Se echó hacia atrás.

El sudor cubrió mi frente y empecé a sentir frío. Asentí con la cabeza y la tristeza se instaló de inmediato en mis entrañas.

—Sí, necesito saberlo.

—Bien. —Cruzó los brazos encima de su pecho—. Empezamos con el principio.

Mi corazón empezó a bombear como una loca y mis ojos picaban.

—Fuimos amigos, Ángela —dijo, ofreciendo una sonrisa débil—. Hicimos juntos un curso de fotografía.

—¿Fotografía?

—Sí, te encantaba hacer fotos. Estabas muy entusiasmada, sin embargo, había algo que te preocupaba. Insistí hasta que te sinceraste conmigo y me dijiste que recibías cartas amenazadoras.

—Gabriel me contó la historia...

—Bien, pero eso no es todo. —Su voz era ligera—. El mejor amigo de Gabriel, intentó varias veces aprovecharse de ti y...y...

—Sigue, por favor. —Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—Lo consiguió, Ángela. —Bajó la vista—. Él te violó...

—No... —Tapé mi boca con la mano—. No...

Sus palabras me golpearon la cabeza como un balde de agua helada. Me sequé con rabia las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos y tomé aire repentinamente.

—Viniste aquí, llorando... Golpeada...

—No puede ser...

Mi corazón se retorció. Suspiré profundamente y dejé escapar una lenta exhalación.

—Te quedaste embarazada y te hicimos un aborto. —Se puso de pie y se acercó. Tocó mis manos y me miró a los ojos—. No sabes cuánto lo siento.

—¿Qué pasó después?

—Intenté convencerte para que vayas a la policía y denunciarlo, pero te negaste. Me gritaste, te grité y luego dejamos de vernos. Me arrepiento, Ángela. Eras mi amiga.

—Lo siento...

—Soy yo quien tiene que disculparse. —Tiró de mis brazos para ponerme de pie y me abrazó—. Perdóname.

—Te perdono. ¿Cuál es tu nombre?

—James. —Habló con tranquilidad.

—Gracias.

—Alguien quiere hacerte daño, Ángela. A ti y a tu marido.

—Sí, eso parece. Aún no sé de quién se trata.

Un silencio pacífico llenó la habitación. James envolvió sus brazos con más fuerza a mi alrededor y me abrazó de esa manera por un segundo.

—Ya que estás aquí, aprovecharé para hacerte una sesión de psicoterapia. Puede ayudarte a recordar algo más.

—Me parece perfecto.

CAPÍTULO 19

ÁNGELA

Días después...

Las sesiones de psicoterapia y análisis de los sueños eran largas y agotadoras.

Me había quedado varios noches a dormir en la clínica y empezaba a sentirme sola y asustada. Echaba de menos despertarme al lado de mi marido y en sus brazos cálidos.

Vagos recuerdos volvieron, algunos eran bonitos y algunos no tanto. Con cada día que pasaba, me conocía mejor. Cada pieza del rompecabezas de mi vida empezaba a encajar y formaba una imagen nítida. Cada hueco recibió su detalle importante y la familia le dio otro sentido a mi vida.

La puerta de la habitación se abrió y James entró.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras cerraba la puerta—. Tu cerebro tuvo una actividad impresionante durante el sueño. ¿Recordaste algo?

—Sí. —Abracé mis rodillas con los brazos y empecé a llorar—. Recordé... recordé el momento cuando ese desgraciado me violó...

Mi lengua empujó contra mis dientes. Un nudo empezó a formarse en de mi garganta y las lágrimas llegaron, nublando mi visión. Estaba agotada, triste y con el corazón en la boca. Me sentía vacía y culpable. Ese maldito había destrozado mi vida, mis ilusiones y mató una parte de mí.

Me sequé las lágrimas de la cara y levanté la vista hacia él.

—Oh, lo siento. —Se acercó de inmediato y me abrazó.

—Vi su cara de imbécil mientras yo gritaba, decía que no... pero no para de embestirme y golpearme. Lo odio...

—Shhh, ya está...

—Recordé algo más. —Me aparté para mirarlo—. Me amenazó, me dijo que tenía fotos y vídeos de esa noche y que tenía planeado enseñarlas a todo el mundo si hablaba. Me dijo que mataría a Gabriel sin pestañear y luego a mí...

—Esto es fuerte. Ahora entiendo porque tenías tanto miedo de hablar —expresó con tristeza.

—Supongo.

—¿Se lo vas a decir a Gabriel? —susurró con repentina calma—. Deberías hacerlo, es tu marido y te quiere mucho.

—Lo sé, pero tengo miedo. ¿Y si me rechaza? ¿Y si le doy asco?

—Lo mismo decías antes de perder la memoria. Y voy a insistir en lo mismo. Cuéntaselo para afrontar juntos esta situación.

—Gracias por tu consejo, lo pensaré. Debería irme. Gabriel no tardará en llegar a casa. Solo falté tres horas, pero parece que fue una vida entera. Creo que lo amo...

—Claro que lo amas, es tu marido. Os he visto juntos, he visto como lo miras y... —Sonrió—. Cuando hicimos el curso de fotografía, no parabas de contarme lo maravilloso que es tu marido y cuanto lo amabas, Ángela. El amor no se olvida nunca, sólo se esconde y sale mas renovado que nunca.

—Creo que tienes razón. Es como si me enamoré otra vez de él. Lo amo, Dios... lo amo tanto, pero temo perderlo.

—Él también te ama, no te abandonará. No puedes manejar sola todo esto, hay involucrado demasiado sufrimiento. Llámame luego.

Salí de esa clínica con dudas, pero con los sentimientos aclarados. Durante los últimos días había averiguado algo más de mi vida y me sentía más segura.

No sabía si contarle a Gabriel lo que había recordado, tenía miedo. Podía rechazarme, odiarme y abandonarme.

Me di cuenta que lo amaba y que me había enamorado otra vez de él, aunque pensé que sería imposible. Fue como si alguien hizo magia con mis sentimientos y enredó una hermosa historia de amor.

El taxista paró detrás del coche de Gabriel y el pánico se instaló en mis entrañas, él había llegado antes que yo. Pagué y después de cerrar la puerta, miré la casa. Se sentía bien tener un hogar, un refugio y una familia.

Mientras subía las escaleras, mi mente intentaba encontrar las palabras adecuadas para la confesión. Llegué delante de la puerta y con las manos temblorosas intenté meter la llave. Después de varios segundos sin conseguirlo, la puerta se abrió de golpe y dejó a la vista a mi hermoso marido.

—Hola ángel. —Estiró el cuello para darme un beso en los labios—. ¿Cómo fue el paseo?

Me agarró por el codo y tiró con suavidad para meterme en la casa. —Fue... revelador.

Cerró la puerta y se apoyó en ella. Me miró con una expresión inquietante, haciendo que mis nervios crezcan poco a poco y luego se quedó expectante.

—Yo... necesito contarte algo.

—Estás nerviosa y no deberías. —Se acercó lentamente y atrapó mi rostro en sus manos cálidas—. No tengas miedo, ángel. Cuéntamelo —susurró y movió sus manos despacio hasta mi cuello.

Se sentía tan bien, sus caricias me impregnaban la confianza que necesitaba para hablar.

—Cuando fuimos a la primera consulta, el comportamiento de mi médico me resultó extraño. Luego recordé algunas cosas. Fui a verlo y resulta que él es mi amigo.

—¿Tú amigo? —Frunció el ceño—. ¿Cómo se llama?

—James.

—Es verdad, tenías un amigo llamado James. Lo conociste cuando hiciste el curso de fotografía.

—Aja... me lo dijo. Y... —Las palabras murieron en mis labios. Gabriel agarró mi barbilla y buscó mis ojos.

—¿Qué pasa?

—También recordé haberme hecho un test de embarazo. Sus ojos se agrandaron y sus manos dejaron de tocarme.

—Fui a preguntarle sobre eso y... —Cerré los ojos con fuerza.

Empecé a llorar, mis piernas dejaron de sostenerme, pero él me

atrapó en sus brazos y me llevó hasta el sofá.

—¿Ángela? —susurró con voz trémula—. ¿Qué pasó?

—Tom...

Sus ojos se agrandaron y se puso de pie.

—Él... él... me violó... me dejó embarazada y tuve que abortar.

Me tapé el rostro y empecé a llorar.

—No, no lo hizo... —Sentí mucho dolor en su voz y mis sollozos se hicieron mas fuertes—. No, tú no... Él...

Empezó a llorar él también y quité las manos para mirarlo. Estaba llorando de verdad y me miraba con dolor.

—¿Cuándo? Dios... —Se tiró al suelo de rodillas—. ¡Joder!

—Lo siento... —Me arrodillé a su lado. Las palabras se atoraron en mi garganta y tuve que tragar varias veces antes de hablar de nuevo—. Lo siento mucho.

Mi interior estaba en agonía como si hubiera tragado un cristal roto y mi corazón martilleaba en mi pecho sin cesar. Mis dedos se apretaron alrededor de sus brazos y los sacudí.

—Di algo... por favor... —Dejé que las palabras se desvanecieran.

—No sé qué decir, no sé qué siento ahora mismo. —Su áspera declaración golpeó en mi con brutalidad. Apartó mis manos y se puso de pie—. Voy a salir un rato.

Me quedé quieta completamente en el suelo mientras él se alejaba.

Quería morir, el dolor que ardía en mi pecho era insoportable.



No tenía ni idea de cómo había salido de casa; había un vago recuerdo de mí corriendo detrás de Gabriel.

La lluvia comenzó a escampar cuando llegué delante de las escaleras. No conseguí alcanzarlo, había cogido el coche y había salido del garaje a toda velocidad.

Froté mis brazos para entrar en calor y me aferré a la barandilla de los escalones. Me dolía haber herido sus sentimientos, pero no podía pensar en una manera de arreglarlo. Era demasiado tarde, Tom se había aprovechado de mí como un animal y eso no podía cambiarlo. Resignada, decidí que era mejor esperar a la mañana siguiente, así que subí el primer escalón.

—Ángela...

Mi sangre se heló y mi corazón dejó de latir. Me volví despacio y un escalofrío se deslizó por mi cuerpo como un cubo de hielo, cuando lo vi.

—Tom... —Me las arreglé para decir su nombre.

Se acercó y me sentí como si estuviera acorralada.

—¿Qué haces aquí? —Mi pecho se apretó—. Gabriel tiene que llegar y...

—Me importa una mierda. —Agarró mi mano derecha y tiró con fuerza.

—¡Suéltame! —Di un tirón a mi muñeca y tropecé hacia atrás cuando me liberó.

—Ven aquí. —Se estiró y agarró de nuevo mi brazo—. Tú... ¿lo recuerdas? No me creo ese numerito vuestro de la memoria...

—No sé de qué me hablas, suéltame.

—Mientes. —Se agachó hasta que su nariz tocó a la mía—. Me miras extraño.

—No...

—Recuerda lo que te dije. Si hablas, si cuentas lo que pasó, te mataré, pero no antes de hacer de tu cuerpo un trapo.

El pánico se apoderó de mí y empecé a llorar.

Escuché el ruido de un motor del coche acercándose y giré de inmediato la cabeza. Era Gabriel, había vuelto.

Tom se inclinó sobre mí y me agarró por el cuello. Apretó con fuerza hasta que el aire abandonó mis pulmones. Mi cuerpo empezó a entumecerse y alcé las manos en el aire para intentar empujarlo. Traté de gritar, pero no pude. Las lágrimas se desbordaron de mis ojos y cerré los ojos.

—Esto no es nada —susurró Tom—. Recuerda, te mataré si hablas.

Me empujó sobre las escaleras y salió corriendo. Tomé varias bocanadas de aire y parpadeé lentamente, tratando de enfocar.

—¡Angélica! —gritó Gabriel.

Cuando me vio, su expresión cambió. Se agachó junto a mí y me abrazó.

—Él... él... —Sollocé.

—Shhhh, lo siento... —Se quedó sin voz.

—Has vuelto —conseguí decir.

—Necesitaba estar solo —explicó—. Lo siento, me asusté.

Al verlo tan vulnerable, me sentí culpable. No podía aguantar su mirada triste, necesitaba explicárselo.

—No me diste la oportunidad de explicarme. Necesitas saberlo y si quieres dejarme, lo entenderé... —Me quedé sin voz.

—Nunca lo haré, ángel. Siento haberte dejado sola... ese desgraciado se atrevió acercarse. Nunca me lo voy a perdonar. ¿Qué te dijo? ¿Qué quería?

Me hablaba pero no podía concentrarme.

—Él... él...

—Vamos dentro. Estás temblando de frío.

Rodeó mi cintura y me guió en el interior. Cerró la puerta con llave y se acercó al sofá para coger una manta. La colocó encima de mis hombros y acarició mis mejillas.

—¿Te amenazó? —Asentí con la cabeza y me mordí los labios—. Todo estará bien, te lo prometo.

—Dijo que me mataría...

—Ya está... —Me abrazó—. No sigas, mi amor. Te amo... Dios...

Dejé que ese abrazo divino curara las heridas de mi pasado y dejé que su amor por mí aliviara el dolor.

Estuvimos así durante minutos, y cuando se apartó, lo hizo para llevarme a la cama.

Me hizo el amor como nunca. Entre caricias, abrazos, lágrimas y besos, nuestro amor se volvió más fuerte que nunca.

CAPÍTULO 20

ÁNGELA

—¿A dónde vas?

Quitó la sábana que cubría mi cuerpo desnudo y me estremecí. Gabriel no había pegado ojo en toda la noche, sus suspiros y su impotencia, fueron los únicos protagonistas.

Yo tampoco lo hice, algunos recuerdos perturbaron mi sueño y temía quedarme dormida.

Froté mis ojos y estiré los brazos.

—Quédate en la cama, Angélica —dijo roncamemente y se acercó para taparme—. Descansa.

—¿A dónde vas tan temprano? —Lo miré con los ojos medio abiertos—. No quiero quedarme sola.

—No tardaré.

Su tono de voz había cambiado, su forma de mirarme era diferente, él había cambiado de la noche a la mañana.

—Gabriel... —Me froté los ojos—. ¿Pasa algo? ¿Estas enfadado conmigo?

—No, ángel. Contigo no... —suspiró—. Conmigo mismo sí.

—Ven aquí —dije y le hice hueco a mi lado—. Por favor.

Se sentó en la cama y se estiró a mi lado. Envolvió un brazo a mi alrededor y me acercó hasta que estábamos acurrucados.

—Me siento culpable de todo —murmuró, presionando un beso en mi hombro, saboreando mi olor.

Lancé un pequeño suspiro de placer mientras empujaba hacia

atrás, acurrucándome más cerca de él, feliz de estar en sus brazos.

—No lo hagas, Gabriel. No fue tu culpa. Nadie tiene la culpa.

En cuestión de segundos lo sentí relajarse.

—Podía haberlo evitado, ángel —dijo bajito—. Siempre tuve la impresión de que él te miraba raro, con deseo, pero no le hice caso. Él era mi mejor amigo y sabía que estábamos casados y que nos amamos.

—Olvidalo, por favor —susurré.

—Estas cansada. Ve a dormir, ángel —lanzó un pequeño gruñido de frustración y de repente me giró en sus brazos para enterrar la cara en su pecho.

Con un suspiro, se echó hacia atrás y me abrazó.

GABRIEL

En ese momento no sabía si la vida me odiaba o yo odiaba la vida. Me sentía como si estuviera perdiendo el control sobre las cosas como si lo que había estado construyendo esos días con Angélica se desmoronara delante de mis ojos.

Era tan tentador bajarme de la cama y salir huyendo, parar en el primer bar y ahogar mis penas. No obstante, sabía que no me iba a llegar a ninguna parte. Tenía una esposa maravillosa y la quería con locura. Quería una vida con ella, la necesitaba y quería cuidarla, mantenerla a salvo y hacerla feliz.

Cuando la vi por primera vez, sabía que era la elegida. Era muy linda, con una sonrisa envidiable y tenía los ojos más bonitos que habían visto. Sin embargo, la había fallado, le rompí el corazón y ni siquiera me

había dado cuenta.

Cuando pasó el accidente de coche y perdió la memoria, me sentí miserable, pero nada se podía comparar con lo que le hizo ese desgraciado de Tom. Ese maldito cerdo tenía que pagar y sabía perfectamente como hacerlo sufrir. Pero para ello, necesitaba hablar con mi hermano y pedirle su ayuda.

Me incliné lo suficiente para poder rozar suavemente mis labios contra los de ella, no queriendo despertarla. Necesitaba darle un beso de despedida y fingir que no dolía.

Después de rozar mis labios contra los de ella una última vez, me moví para alejarme.

Soltó un pequeño gemido y extendió la mano para entrelazar sus dedos en mi cabello. La mantuvo donde estaba y me devolvió el beso. Devoré su boca poco hasta que ella se aferró a mi cuello. Lo hice calma, vertiendo hasta la última gota de amor que sentía por ella.

Ella gimió suavemente y soltó mi cuello, obligándome a sentarme. Me ayudó a quitarme la camisa y los pantalones. Luego se recostó a mi lado y me llevó con ella.

Me acomodé entre sus piernas y gimió en voz alta cuando mi erección presionó su clítoris. Dejé todo mi peso sobre mi brazo derecho para extender la mano izquierda y acunar sus pechos, apretando suavemente y rozándole los pezones con el dedo pulgar.

Continúe jugueteando mientras frotaba la entrada con mi miembro duro hasta que no aguanté más y empujé hacia dentro. Sus uñas se clavaron en mi espalda y mis embestidas tomaron un ritmo placentero.

Todo fue muy rápido hasta que pensé que había perdido la razón. La amaba con locura y alguien se había atrevido tocarla y forzarla. Tenía miedo de no hacerle más daño...

Sonrió contra mis labios, claramente disfrutando del momento y gritó mi nombre cuando el orgasmo la golpeó.

—Recordé nuestra primera vez —Me besó—. Estuviste muy atento conmigo. Te amo, Gabriel. —Me miró a los ojos, deslizando sus manos desde mi pecho para poder ahuecar mi cara en sus manos.

—Te amo, también —susurré y tragué saliva—. Te amo demasiado. Después de unos minutos, ella se quedó dormida entre mis brazos.

Aproveché el momento para deslizarme fuera de la cama.

Necesitaba salir y despejar mi mente, necesitaba hablar con mi hermano.

CAPÍTULO 21

GABRIEL

—¡Hermano! —Levanté la vista y sonreí—. Ven aquí y dame un abrazo.

Me acerqué y dejé que me abrazara. Cuando sentí sus brazos apretando fuerte toda mi infancia pasó por delante de mis ojos. Fuimos muy cercanos y casi nunca nos hemos peleado. Para mí era el hermano perfecto.

—¿Qué pasa Gabriel? —Entrecerró los ojos y me miró unos largos segundos—. ¿Qué te preocupa?

—Mejor siéntate. —Suspiré—. Necesito tu ayuda.

—Sabes que siempre la tienes. —Se sentó y señaló la otra silla.

—Es Ángela... —Me senté y miré con nostalgia las fotografías que habían encima de su escritorio.

Él tenía una mujer espectacular y dos niñas preciosas. En una de las fotografías estaba yo y Ángela, antes del accidente.

—¿Está bien? —Bajando la voz, preguntó —: ¿Cómo va el tratamiento?

—El tratamiento da resultados, recuerda muchas cosas.

—Hay algo más, ¿verdad? —Tamborileó con los dedos en el escritorio.

—¿Recuerdas a Tom?

—¿Tu amigo? —Frunció el ceño.

—Ese... —Respiré hondo y cerré los ojos.

—¿Hermano? Me preocupas...

—Lo que te voy a contar quiero que se quede entre nosotros —dije serio y él asintió con la cabeza—. Ángela recordó algo... algo muy desagradable...

—Hermano...

—Ese desgraciado la violó... —Mi voz sonó muy débil, tanto que me extrañé.

Faltaba muy poco para derrumbarme; nunca había dejado cosas desaparecidas y me sentía culpable.

Todo pasó por mi culpa, por no estar pendiente de mi mujer y cuidarla como se merecía. Estaba tan cegado por los celos, que mis ojos no captaron las advertencias.

—Dios... —Mi hermano se levantó y se acercó para darme otro abrazo—. No te culpes, Gabriel... te conozco muy bien. El culpable es ese hijo de puta. ¿Cómo lo llevas?

—Mal. Podría haberlo evitado... —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. La dejó... encima la había dejado embarazada.

Lo admití con tanta culpa, como si era la más terrible confesión que podría haber hecho. No obstante, era verdad. Me sentía tan mal y tan dolido, que apenas podía pensar. No quería hacerlo porque temía a las consecuencias. Sabía que podía cometer alguna tontería porque lo único que deseaba era romperle la cara a ese desgraciado y dejarlo tirado en el suelo como la basura.

—¿Y por qué no lo denunció? —Bajé la vista y miré mis manos temblorosas—. ¿Qué pasó?

—La amenazó —contesté entre dientes y respirando pesadamente.

—No vamos a darle más vueltas. Sé como hay hacerlo pagar.

—¿Me ayudas?

—Por supuesto, hermano. Cuenta conmigo —dijo, más serio que nunca.

Le devolví una mirada esperanzadora, levantando con ella parte de la miseria que habitaba dentro de mi alma. La emoción me apretó la garganta y me tragué un suspiro. No estaba solo.



—Ya estoy en casa... —Dejé las llaves encima del mueble de la entrada y me quedé quieto.

La casa estaba en silencio y eso no me gustaba. Subí rápidamente las escaleras y cuando abrí la puerta del dormitorio, encontré la cama vacía.

Me impacienté y empecé a buscar a mi ángel por toda la casa. Salí fuera y entré en el jardín. Hacía un día precioso, con un sol resplandeciente. Miré las rosas rojas y recordé el momento cuando Ángela los había comprado.

—¿Y esa caja de madera? —pregunté con el ceño fruncido.

—Son mis niños...

—¿Tus niños?—Rodeé su cintura con mis brazos.

—Mhm... Tenemos un jardín muy grande y quiero llenarlo de rosas rojas.

—¿Por qué rosas rojas? —Besé su cuello.

—Porque me recuerda a ti, a nuestra historia de amor. Sí esa rosa no me hubiese pinchado el dedo...

—De todos modos, me fijé sólo en ti ese día. De todas las flores que había en esa floristería, tú eras la más hermosa.

—Mi amor... —Se giró y me besó.

—Sonríe.

Escuché la voz de Ángela y parpadeé lentamente. Alcé la vista y la vi, con su cámara de fotos en la mano.

Me gustaba cuando hacía fotos, se veía ilusionada y tenía un brillo muy hermoso en los ojos. Ese brillo desapareció poco antes del accidente, y eso seguramente fue por la culpa de ese desgraciado.

—No estás sonriendo, Gabriel. —Alejó la cámara y me miró a los

ojos—. ¿Pasa algo?

La miré durante unos segundos y luego retrocedí. Estaba rodeada por rosas rojas y llevaba un vestido veraniego blanco.

En mi vida la había visto tan hermosa.

La amaba con locura y lo único que necesitaba en ese momento, era sentirla cerca, sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, que no me soltara nunca.

—Te amo, ángel...

—Yo también —dijo y tomó una foto—. Tu mirada lo transmite todo—. Disparó otra vez—. Lo recuerdo... —susurró.

Me acerqué y le quité la cámara para mirar sus ojos. Ese brillo hermoso había vuelto, había vuelto con nosotros y eso significaba que nada nos podía separar. Era maravilloso sentir de nuevo su amor.

CAPÍTULO 22

GABRIEL

Me desperté a la mañana siguiente y por primera vez en mucho tiempo me sentía contento. La noche anterior para mí fue especial y amaba despertarme al lado de mi preciosa mujer. Todas las noches eran maravillosas, ella tenía algo mágico en su mirada, en sus caricias y en sus palabras.

Me detuve en el umbral de la puerta, incapaz de evitar observarla. Su cabello estaba recogido en una coleta y se veía deliciosa.

—¿Te vas tan temprano? —dijo con una gran sonrisa.

Se acercó y reconocí el vestido azul que llevaba. Lo llevó puesto en la primera cita que tuvimos. Se veía hermosa y seductora a la vez, toda una estrella de cine.

—Este vestido me vuelve loco —admití con voz ronca.

Se detuvo ante mí y se puso de puntillas. Besó mis labios sonoramente y luego los acarició con sus dedos.

—Estos labios me vuelven loca —susurró.

Coloqué una mano en la parte posterior de su cintura y la sentí saltar ante mi toque.

—He quedado con mi hermano. Volveremos por la tarde —dije, manteniendo el tono de voz casual.

—¿Tu hermano viene contigo?

Su ceja se levantó.

—¿Algún problema? —Respiré hondo y retrocedí un paso luego otro.

—No, solo que tengo que preparar algo de comer y... necesito hacer las compras.

—No pasa nada si te llevas el coche. Conducir es algo que no se olvida, ángel.

—Supongo que tienes razón. También quiero pasar por la clínica.

—Me parece perfecto. Llámame si algo va mal.

Salí de la habitación con el estómago hecho polvo por los nervios. Mi hermano me había enviado un mensaje para decirme que todo iba conforme su plan y que solo faltaba que llegara yo a esa entrevista televisiva.

Estuve toda la noche dándole vueltas al asunto y a la venganza que había planeado mi hermano. Su plan no era malo, solo consistía en sacar todos los trapos sucios de Tom delante de todo el mundo. Hermes había hecho algunos negocios con la empresa del padre de Tom hace un año y sabía a la perfección como engañaba al Estado. Pero sin pruebas, no se podía demostrar.

Aquí tenía que intervenir yo. En mi ordenador estaban guardados todos los contratos que ellos habían firmado y todos los ficheros secretos de Tom. Cuando fuimos amigos, pasaba mucho tiempo en su casa y algunas veces dejaba su ordenador encendido. En unos de esos momentos aproveché para copiar todo lo que encontré en su ordenador. Incluso las fotografías de sus amantes que tenía guardadas.

En ese tiempo, desconfiaba de todo el mundo. Había pasado por una mala racha, varios empleados míos me habían robado. A todo eso se sumaron las amenazas que recibía de Oliver Stone.

—Por fin llegas —dijo mi hermano y le hizo señas a una chica para que se acercara—. Hay que colocarle un pinganillo.

La chica enseguida lo hizo y, mientras esperaba, miré de reojo a la sala de al lado. Tom y su padre estaban teniendo una discusión bastante alterada. Algo iba mal entre ellos, y seguramente era por el comportamiento de Tom; era una persona muy egoísta.

—¿Tienes los archivos? —preguntó susurrando mi hermano.

—Sí... —suspiré.

—¿Te arrepientas? —Me miró confuso.

—No, pero no sé si puedo hacerlo —confesé y sentí su mano en mi

hombro.

—Piensa en Ángela, hermano. Piensa el lo que le hizo ese desgraciado.

Tragué saliva y miré en dirección a Tom. Deseaba borrarle esa sonrisa de imbécil y hacerlo pagar con creces por todo.

—Lo haré. Tengo que hacerlo, pero no puedo quitarme de la cabeza lo que hizo. Cuando pasó... cuando... ella no tuvo apoyo por parte de nadie...

—No te atormentes más. —Me miró a los ojos—. Hay que dejar el pasado tranquilo.

—Lo sé, pero necesito el pasado. Ángela aún se está recuperando y hay...

—No hay nada, Gabriel. Tenéis el presente y el futuro. Os queréis muchísimo y es hora de seguir adelante.

—Supongo que tienes razón. —Respiré hondo—. Y quiero tener hijos.

—Eso es perfecto. Un niño os puede unir mucho. Haréis juntos nuevos recuerdos.

Mi hermano dejó de hablar porque todos salieron de la habitación. Cuando la mirada de Tom se cruzó con la mía, dejó de sonreír. No daba crédito a lo que veía y seguramente había descifrado en mi expresión cuanto lo odiaba y cuando deseaba hundirlo para siempre. Empezó a gesticular con su mano derecha y ese gesto, mostraba su nerviosismo.

—¿Gabriel? —preguntó su padre y se acercó—. ¿Qué sorpresa agradable? —Sonrió amablemente—. ¿Cómo está tu mujer?

—Hola señor Wells. —Estreché su mano mientras miraba fijamente a Tom—. Mi mujer está muy bien, ha recuperado por completo su memoria. Recuerda todo perfectamente.

Tom carraspeó visiblemente incómodo por mis palabras.

—Vamos papá —dijo él apurado—. Tenemos que entrar.

—Me alegro mucho de verle —dijo su padre—. Y dale recuerdos a su esposa de mi parte.

—Lo haré y también se los daré de tu parte Tom —mascullé con las mandíbulas bien apretadas.

Él ladeo la cabeza y se plantó con firmeza frente a mí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, torciendo el labio.

Mientras hablaba, apretaba los dientes, dejando salir palabras de ira rabiosas.

—Que llegó tu hora.

Di la vuelta, conteniendo mis ganas de pegarlo y empecé a caminar.

—Muy gracioso —respondió con tono seco.

Había llegado la hora de borrar el pasado y no mirar hacia atrás. Como dijo mi hermano, habrá que vivir el presente y prepararse para el futuro.

CAPÍTULO 23

GABRIEL

—Eso fue épico, hermano.

Miré atónito cómo los policías se llevaban a Tom. Seguía sin creer lo que había pasado.

En mi vida había juntado tanto valor para enfrentarme a alguien. Los documentos revelaron los engaños y los chantajes de Tom, pero también descubrieron a los demás cómplices suyos. Las llamadas no pararon de entrar y tuvieron que interrumpir la entrevista. Las pruebas que presenté fueron más que suficientes para llevarlo preso.

—¿Podemos hablar un momento, Gabriel?

El padre de Tom se acercó y me dedicó una media sonrisa.

—Por supuesto, señor Wells. Yo...

—Mira, yo no lo sabía, no quiero que pienses que yo también estoy involucrado. Nos conocemos desde hace muchos años y te respeto. A ti y a tu mujer.

Se veía muy sincero.

—No se preocupe. Sé perfectamente cómo es la relación que tiene con su hijo. —El asintió tristemente y estrechó mi mano.

—Me hubiese gustado tener un hijo como tú —dijo antes de dar la vuelta para irse.

—¿Nos vamos? —preguntó mi hermano—. Tengo hambre y me muero por ver a Ángela.



—Ya estamos en casa —dije y arrojé las llaves del coche encima del mueble de la entrada.

Un ruido apartó mis ojos de mi hermano. Ángela se asomaba por la puerta, con el rostro bañado en la luz del sol que entraba por el ventanal del salón. Cruzó la habitación y se paró delante de nosotros.

—Huele de maravilla —murmuró mi hermano—. Hola Ángela.

Se acercó a ella y besó sus mejillas sonoramente.

—Hola Hermes. —Su voz era ligera—. ¿Cómo está Vivian?

—Está bien, bueno... como siempre. Ya sabes, el dibujo le ocupa la mayoría del tiempo.

—Lo sé —sonrió y giró la cabeza para mirarme—. Tú y yo, tenemos que hablar —dijo sin dejar de sonreír—. ¿Nos excusas un momento, Hermes?

—Por supuesto. Voy al salón.

—¿Pasa algo? —pregunté y dejé de parpadear por un momento para darle a mi corazón la oportunidad de tranquilizarse.

—¿Por qué no me lo dijiste?

La sonrisa desapareció de su expresión. El aire sobrio de sus ojos evidenciaba que estaba preocupada.

—Encendí la televisión mientras cocinaba y...

—Lo siento, ángel. —Me acerqué y tomé su rostro en mis manos—. Pero tenía que hacerlo, por mí... por nosotros —suspiré—. La culpa me comía por dentro.

—Te entiendo, pero me hubiese gustado saberlo. —Sus ojos refulgieron como estrellas a través de las lágrimas—. No quiero más secretos entre nosotros.

—No te preocupes, ángel. —Le acaricié el mentón para que me mirara—. Prometo contarte todo, no te ocultaré nada.

—Ay, Gabriel... —suspiró y rodeó mi cintura con el brazo para acurrucarse contra mí—. He conducido el coche.

—Me alegro mucho.

—Estuve un poco asustada al principio. —Sofocó un sollozo—. Pero lo hice bien.

—Ángela, te quiero. No lo olvides nunca. No somos una pareja perfecta, pero podemos serlo en un futuro. Lo que importa es que nos amamos.

—Sabes... —Se alejó para mirarme—. Para mí fue una experiencia maravillosa. Me enamoré por segunda vez de ti. Cada día que pasaba a tu lado, sentía como mi amor se volvía más intenso, más grande, más profundo y más sólido.

—Tienes razón. Esto fue como una prueba para nosotros. —Sonreí y me incliné para besarla.

—Y la hemos superado.

EPÍLOGO

—¿De dónde vienes? —Gabriel avanzó desde el umbral.

Pasó una mano a través de su cabello húmedo y alborotado por la ducha. Gotas de agua todavía brillaban sobre su musculoso pecho, y esa vista de infarto, me hizo sentir frío.

—Vengo... fui a la clínica. Necesito hablar contigo —dije más como una súplica que como una respuesta.

Estaba tan nerviosa que no encontraba las palabras adecuadas para darle la noticia.

Me esforcé para sonreír y mis labios, por un terrible instante, parecieron incapaces de obedecerme.

—¿Pasa algo? —Su mirada penetrante descansó en mí con intensidad—. Te veo preocupada.

—Yo... tengo que contarte algo —declaré con tensión—. Estoy embarazada.

Cerré los ojos de inmediato y apreté los labios. Se me puso la carne gallina mientras esperaba una reacción de su parte.

Sentí una leve caricia en la base de mi cuello y dejé de respirar. Él no respiraba tampoco y eso me impacientó.

Abrí los ojos y lo vi observándome con ardiente intensidad.

—¿Vamos a ser padres?

Lo estudié por un exasperante segundo y luego sonreí, en su mirada solo había ilusión y alegría.

—Sí, mi amor. —Sentí mis ojos húmedos—. Vamos a tener un bebé.

—Estoy tan feliz. —Me abrazó—. Llenará esta casa de alegría. Te amo, os amo a los dos.

SOBRE EL AUTOR

ALINA COVALSCHI

Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias. Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance, paranormal y ciencia ficción.

Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar.

Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.